

69

Sarasate

Margarita
Carosio

Alfredo
Mayo



-68.
S A R A S A T E

PRIMERA, LA REPRODUCCIÓN

EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

SERIE PRODUCCION ESPAÑOLA

Director: FRANCISCO MARIO BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 19 bis - Teléfono 18841 - BARCELONA

SARASATE

FORMA DE LUZ Y MELODIA. IMAGEN Y ACCION
GUION Y DIRECCION

RICHARD BUSCH

SUPERVISION Y DIALOGOS

ANTONIO DE OBREGON Y JOAQUIN GOVANES

MUSICA

JOSE MUÑOZ MOLLEDA

ESTUDIOS: CEA, CIUDAD LINEAL

PRODUCCION

HISPANO FILM

EXCLUSIVA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Solos de violín:
ENRIQUE INIESTA

Decorados:
SIGFRIDO BURMAN y JOSE PINA

Jefes de producción:
FERRUCCIO BIANCINI y JUAN
FRANCISCO BLANCO LAVIN

Operadores:
ENZO RICCIONI y ALFREDO
FRAILLE

Montaje:
ANGELO COMITTI

Maquilladores:
ROBERTO PASETTI y ANTONIO
FLORIDO

Ingenieros de sonido:
LUCAS DE LA PEÑA y
FRANCISCO ALONSO

Figurines:
MANUEL COMBA

PRINCIPALES INTERPRETES:

ALFREDO MAYO
MARGARITA CAROSIO

LUCHY SOTO

ALBERTO ROMEA

MARIA LUISA MONERÓ

JOSE MARIA SEOANE

JOSE NIETO

MANUEL MORAN

LUIS BALLESTER

HERNA ROSI

EVA ARIÓN

SARASATE

Argumento de la película

Uno de los primitivos ferrocarriles del año 71 cruzaba el delicioso paisaje de los Pirineos. Desde Irún se dirigía el tren a Madrid, pasando por Pamplona, donde en esta época del año rendía viaje en atención a las famosas fiestas de San Fermín que, desde tiempo inmemorial, el 7 de julio, se celebran con gran fausto y esplendor en la capital navarra.

El tren, que en aquella época llamaba la atención por la velocidad con que consumía los kilómetros, hoy, comparado con los grandes expresos, nos daría la impresión de viajar en una carreta.

Iba lleno de un público variado y pintoresco. La mayoría de los viajeros acudían directamente a Pamplona y los que se dirigían a Madrid forzosamente tendrían que hacer noche en la simpática capital navarra.

Bordeando los profundos desfiladeros que los majestuosos Pirineos ofrecen, el tren semejaba una oruga que lentamente se deslizaba por los abismos de la cordillera.

De cuando en cuando, el tren se ocultaba en un túnel, cual una lombriz en las entrañas de la tierra; poco después, satisfecho de su exploración subterránea volvía a la luz del día,

envuelto en el humo que su locomotora lanzaba.

Las altas cumbres de las montañas iluminadas por el sol resplandecían más y más la belleza del paisaje pirenaico.

En las laderas de las montañas, la vegetación alpina daba una nota agradable de verdor y lozanía.

El tren, allá lejos, seguía su marcha infatigable.

Corría alegre y juguetón dando vueltas y más vueltas cuando la superación del terreno se lo permitía.

Corría veloz cuando por una pronunciada pendiente se deslizaba cuesta abajo, pero su marcha se hacía lenta, pesada, pareciendo fatigado por el esfuerzo realizado, cuando ascendía por las cuestas arriba.

* * *

Dos viajeros de exótico aspecto viajan en este tren, ocupando un departamento de primera clase. Una de ellas, joven, guapa y elegantemente vestida, denota en su indumentaria y en sus maneras desenvueltas que ha recorrido gran parte del mundo, siempre en un ambiente de lujo, de distinción y de arte.

Su compañera, mujer de unos cos-

venta años, viste también correctamente, aunque su elegancia y distinción no llegan a las de la joven esposa, y en su conversación se observa que, aunque acida por gran intimidad con ella, es fría, sin embargo, el respeto debido al esposo.

El equipaje de ambas viajeras es numeroso y variado. Las maletas, de todas formas y de formas más modernas de la época, alternan con las sombrillas, neceseres y otros objetos diversos, ocupando tal bagaje todas las rejillas del compartimiento, y también los asientos que quedan libres, ya que ellas dos son las únicas viajeras en el departamento.

La joven responde por Adeline y es más tímida que Adeline Patti "la Patti", como sencillamente es conocida en el mundo entero la celebre cantante de maravillas voz. Aunque nacida en Madrid, su vida es destino por los diferentes países de Europa donde son más atraídos ostraídos en los grandes teatros de las capitales europeas la escuchan constantemente, y por eso de su patria desconoce, no sólo las costumbres, sino la topografía, sus paisajes tan variados como maravillosos.

Sentada junto a la costanilla sostiene un libro sobre sus rodillas, pero no lee. Le interesa más el paisaje que el destino del tren por los abruptos declives y por las curvas de las colinas va descubriendo a sus ojos verdades de las bellezas que en patria guardaba y que ella ignoraba. Con una punta curiosa curiosamente el pelo largo de un perrito que voluptuosamente estira su cuerpo sobre una elegante almohadilla que tiene junto a

ella. La acompañante de la gran artista respondía por el nombre de Marión. Es su mujer de confianza y su doncella. Juntas corren todo el mundo y la admiración que por su señora siente es sincera. Sentada frente a la Patti no admira el delicioso paisaje, no le interesa; le atrae más recopilar en un álbum las críticas, todas ellas llenas de frases halagadoras para la voz sublime de su señora, y así guarda en su regazo un montón de periódicos que va leyendo silenciosamente y recortando con una tijera los artículos en que alaban a la tipo de moda. Un poco cansada de tanto leer, o más bien por ese afán de estudio que sienten todos aquellos que conviven con las grandes figuras, queriendo con ello demostrar un aire interesante, lee con ayuda de unos imperdibles que mantiene con la mano derecha, mientras con la izquierda sostiene las tijeras. Cuando terminaba de leer, le obligaban estos dos objetos a su cambio de manos para con la derecha, poder cortar los trozos de los periódicos. Los que va leyendo parecen satisfacerle por el cargo asume con movimientos de cabeza y curvas satisfechas. Ape uno de ellos, entusiasmada por las comparaciones halagadoras por su querida señora, no puede menos de exclamar para sí misma, pero le silenciosamente fuerza para que lo ayere la artista:

—¡Estupendo!... ¡Grandioso!

Adeline oye que Marión al hablar así se refiere a la magnificencia del paisaje que, inabarcable de observar tanta belleza, viene contemplando embobada y, como asintiendo a lo que su doncella dijo, inclinando la cabeza respondió:

—Sí, muy pintoresco.

Marión, volviendo a la realidad ante la voz de la Pati, pregunta:

—¿El qué, señora? ¿Qué está usted diciendo que es pintoresco?

V. observando a su ama, que sin quitar la vista de la ventanilla, continúa mirando, observa también el exterior un momento en que un paisaje de magia fantástica pasaba ante los ojos de las mujeres y, aunque comprendiendo la belleza de lo que veía, no presta gran interés y dice:

—Sí, sí, encantador, muy bonito. Pero a mí me interesa más usted que los Paisajes!

Adelina siente satisfecha por la adhesión de su doncella, que ella misma sincera.

Y Marión, con aire interesante y sin dejar de leer, añade:

—(Qué iba a ver de usted si me interesaran más los paisajes, la programación, que las repúblicas de los críticos!—

¿Qué dicen esos señores de mí?— pregunta ya un tanto interesada la artista.

—¿Qué van a decir!— contesta Marión.— Lo de siempre... ¡Que es usted la mejor artista del mundo! (Pues estaría bonito que lo dudaran!— Aquí tengo la crítica de su último concierto en Biarritz.

—Y me lo lee a leer?— pregunta Adelina, como suplicando, acudida a la curiosidad de artista.

—Pues no faltaba más!— dice Marión, entusiasmada y que no deja la otra cosa, porque le satisface extraordinariamente leer y saber cuando tropieza con algún artículo que le gustaba, y añade:— Si no se la lee reciento... Y que aquí no se me escapará usted como en los hoteles, ni me

queda el recurso de colocárselo a los camareros...

Adelina, riendo agraciada, dice:

—Bueno, te escucho.

Y Marión, llena de alegría y atropellando los impenitentes, las tijeras y el periódico, con voz emocionada lee:

"De jornada triunfal podemos calificar el concierto celebrado ayer en Biarritz, en donde la entusiasta tipic Adelina Pati alcanzó uno de las más grandes éxitos de su vida... La señora Pati, en un derroche de sus facultades y de arte, mostró ante un público acerbísimo todos los matices de su voz maravillosa que cimentaron la fama mundial que hoy tiene, atrayendo clamores y apasionadas reacciones."

Adelina, ante crítica tan entusiasta, río de buena gana y exclama:

—¡Muy amables! Siempre dicen lo mismo... Pero me admiran mucho...

Marión no puede menos de decir:

No hacen más que cumplir con su deber...

—Y tú, ¿cuándo cumples con el tuyo de descansar?— recurre con cariñosamente a su inamovible doncella.

—Imposible— contesta Marión, convencida de su importante misión.— Hasta que lleguemos a Madrid, tengo recatos para todo el viaje...

Y vuelven a sus anteriores posiciones. La Pati, a seguir mirando por la ventanilla y entutar su espíritu de los paisajes con que va descubriendo a su patria, hasta ahora ignorada para ella.

Al mismo tiempo, en un compartimiento contiguo se ofrece una escena muy distinta a la que acabamos de observar. Todos sus miembros están total-

mente ocupados por personajes de lo más diverso y curioso. Uno de los más interesantes es Uriarte, que ostenta el título de arquivero municipal de Pamplona, de donde es natural, y por la que siente un amor tan intenso que mira casi en veneración. Representa unos cincuenta años de edad y, sin llegar a la obesidad, es lo que se llama un hombre gordo. Da muestras de un apetito voraz, pues desde que subió al tren, no ha cesado ni un solo momento de engullir los más diversos alimentos. En el momento que le sorprendemos está pelando con una navaja una manzana. Hombre cien por cien español, cual corresponde a un auténtico navarro, no pierde la buena costumbre de ofrecer a sus compañeros de viaje con la conocida frase:

—¿Ustedes gustan?

Los viajeros, que presentan un curioso aspecto y están formados por una niña muy delgada y por su madre, un señor sumamente grueso, dos alcañanes y un hombre muy mal encaramado, responden a esto a la amable invitación de Uriarte:

—Gracias, muchas gracias.

Uriarte, hombre comunicativo, al observar que él solo es el que come, como queriendo dar una excusa o una explicación a su glotonería, y sin que nadie se lo esija, comenta:

—Yo, saben ustedes, sólo puedo viajar, comiendo... Mi estómago necesita combustible como la locomotora... y cada pitido del tren me abre el apetito.

En este momento suena el pitido de la máquina y él ve la oportunidad para volver a insistir en su ofrecimiento diciendo:

—Vaya, animenme, ahora sí que ha llegado la hora... Tú, nena—dice, dirigiéndose comparativo a la niña delgadita, que, con ojos de asombro, mira a aquel señor comer y comer sin dar tregua ni descanso a sus maxilares—, ¿no quieres nada?

La niña no contesta, como hacen todas las niñas tímidas, pero, en cambio, su madre, no se limita a contestar dando las gracias simplemente, sino que da la explicación propia del caso y añade:

—Gracias, la niña no toma nada hasta Pamplona.

—¿Hasta Pamplona?... ¡Ja, ja, ja! —exclama lleno de orgullo y entusiasmo Uriarte—. ¿No saben ustedes que las fondas están de bote en bote?... Si no tienen familiares, se quedarán sin comer. Pero aun están a tiempo, ¡vamos!

Y uniendo la acción a la palabra empieza a sacar de los bolsillos y de los paquetes que llevaba toda clase de viandas. Semeja un prestidigitador que en todos los bolsillos de su traje fue sacando las manos y sacando huevos, frutas, pochugas... El bueno de Uriarte reparte los alimentos entre sus compañeros que, viendo los últimos estropeos de cortesía, deciden aceptar tan amable invitación. Uriarte, satisfecho de su éxito, al llegar al hombre grueso, ofreciéndole una succulenta pochuga, agrega:

—Ande, que usted es de los míos.

Después, dirigiéndose al hombre mal encaramado, le reconviene amigablemente:

—¿Y usted cree que con esa cara puede ir a San Fermín?... ¡No se aflija más, para eso tengo yo un específico infalible...!

Y diciendo esto se levanta atropellándolo todo y molestando a todos para rehincar entre su equipaje una bien repleta bota de vino y, quieras que no, se la enchufa al hombre mal encarado, quien, ante tal insistencia, se apodera de la bota y, abrazándose a ella, bebe con deleite.

Todas las demás, mientras saborean los manjares ofrecidos por el generoso archivero municipal, dirigen festivas miradas al bebedor.

* * *

Al mismo tiempo que en este departamento de segunda clase se hizo el silencio obligado por dedicarse todos sus ocupantes a degustar los alimentos, en el compartimento de espaldas a él, de primera clase y ocupado por las dos viajeras que ya conocemos, la célebre cantante Adeline Patti y su doncella de confianza Marión, seguía desarrollándose la misma escena: la Patti admirando el paisaje y Marión devorando periódicos y más periódicos. De pronto Marión, revisando un nuevo diario, exclama:

—Aquí viene el anuncio de su próximo concierto en Madrid.

—¿Sí?—pregunta con indolencia la Patti.

—Y esto, ¿qué es?—dice Marión, con voz severa que denotaba recámara ante lo que lee.—¡El nombre del violinista que toma parte en el mismo concierto, con letras tan grandes como el suyo!

E indignada ante tan insolito atrevimiento, entrega el periódico a Adeline, para que se convenga con sus propias ojos de semejante atropello.

Adeline coge el diario, mira y no hizo comentario alguno. Pero Marión no podía callar, había de dar alguna explicación ante caso tan injustificado y comocata:

—Seguro que es un protegido de nuestro empresario Montini. ¡Es muy propio de él!

Vuelve a leer el anuncio por centésima vez para convencerse de que lo que ve con sus ojos es realidad y, leyéndolo ahora en voz alta y como irritada ante tal absurdo para ella, repite lo que inserta el periódico:

"Grac concierto de la eminente "diva" Adeline Patti, en el que interviendrá también el famoso violinista Pablo de Sarasate", y, con gesto despreciativo, al que unia la entonación propia de la voz, exclama:

(Pablo de Sarasate!)

Al oír este mismo nombre y como movidas por un resorte, las viajeras del departamento de segunda que tranquilamente escuchaban los últimos restos de la merienda imprevista, pusieron cara de asombro al escucharlo. Y, movidas todas ellas por la misma curiosidad, prestan atención a lo que dialogan las dos viajeras, y así oyen la voz de Adeline, que comenta:

—¡Pablo de Sarasate!... ¡Me suena este nombre!... Lo he oído mucho en París.

A lo que observa Marión:

—Debe de ser francés.

—Creo que es italiano—contesta Adeline, queriendo dar muestras de estar bien enterada.

Las viajeras de segunda, al oír la apuesta nacionalidad del célebre músico español, echárase a reír. Pero Uriarte no podía consentir, picada en

su patriotismo, que se pusiera en duda la verdadera nacionalidad del ídolo de todos los públicos y, levantándose de su asiento, haciendo una seña significativa a sus compañeros como para tranquilizarlos ante tamaño desaliento, se dirige, resuelto, al departamento inmediato, para poner en clara la nacionalidad de su ilustre paisano.

Al entrar y verse de golpe y porrazo frente a los dos elegantes viajeros, su decisión se tambalea algo, pero se rehace pronto de su quebrantamiento y decidido y con voz segura dice:

—Ni italiano, ni francés. — Creyendo que estaba un poco duro en su caprichosa frase una cortés reverencia y pronta salida: — Perdoname, señores, el interese en su conversación; pero no puede más...

Adelina, asombrada ante la actitud de aquel hombre, pregunta en tono amable:

—¿Cómo dice?

Uriarte, ya regusto del todo, con orgullo dice:

—Permítame que me presente... yo soy Uriarte, archivero municipal de Pamplona. Dice que Sarasate ni es italiano ni es francés. Sarasate es español, nada menos... y navarro! Navío, como yo, de Pamplona...

Al decir esto, con toda la majestuosidad que pudo imprimir a su gesto y a su expresión, el tío tomó una carta tan pronunciada que todo el archivero municipal se tambaleó un poco y fué a sentarse involuntariamente junto a Marión, frente a la Patti.

Las dos señoras rieron al incidente jovial, por la seriedad con que Uriarte tomaba el asunto y Marión, entre bñica y curiosa, pregunta:

—¿Toca usted también el violín?

Pero Uriarte, hombre culto e inspirado cuando se trataba de su gran paisano, tiene la frase feliz:

—¿Para qué, después de él?

—Entonces, ¿usted le conoce? — pregunta, interesada, Adelina.

—Sí, le conozco! — contesta lleno de orgullo por el interés que tomaba la conversación. — ¿Dónde que tenía siete años! — ¿dónde? — ¡A esa edad, ya era un genio!

—¡A los siete años! — pregunta, entre asombrada e incrédula, Adelina.

—Sí, señora. Y a los trece ganaba el primer premio de la Academia de Música de París. Es un caso único, una excepción, algo nunca visto...

Y Uriarte, cada vez más entusiasmado, sigue hablando:

—Y si conociesen ustedes el conservatorio donde Sarasate hizo sus primeros estudios, ¡el que se sorprenderían!

—Diciéndole en el momento el curioso cuarto traslucido que su dueño — un simpático músico pamplonés — bautizara con el pomposo título de conservatorio y que, desde el momento que de allí saliera el portentoso artista Sarasate, bastó para que adquiriera renombre universal.

—Hay un conservatorio en Pamplona? — pregunta la Patti.

—Y muy original — contesta Uriarte. — En ese conservatorio oí un día la cándida de López y Misa tocar el violín al pequeño Sarasate y, al verlo, dije: "Es sólo muy pequeño, pero llegará el día en que el mundo sea pequeño para él".

—Como frase es muy interesante — indica la Patti, y, con interés creciente por la vida del gran artista que la

bis de compartir con ella su próximo concierto en Madrid, pregunta:

—¿Vive ahora en España?

—No—contesta Uriarte—: hace varios años que da conciertos por el extranjero. Pasada mañana, sin embargo, tocartá en Barcelona y, dentro de cuatro días, en Madrid.

—Si ya le he oído—dijo la Patti.

—Para el concierto de Madrid están vendidos todos los localidades. La Patti está en el mismo concierto—añade Uriarte, sin dar importancia al nombre de la gran cantante, e ignorando que era su hermana y elevara interlocutora.

—La Patti—dice risiolo Adolina—: Habla usted de ella como si la conociese.

—No—contesta Uriarte—: pero no creo las maravillas que cuentan de su voz. Me parece que en todo esto hay mucha preparación, y que es más el ruido que las ánimas...

—¿Quién sabe si tiene usted razón?

—contesta Adolina sencillamente.

En esta momento, abrió el sillón de la locomotora y, desde las ventanillas del tren, empezaron a divisarse las primeras casas de Pamplona, lo que, visto por Uriarte, se levantó de su asiento y despidiéndose de sus acompañantes, les dijo:

—Ah!, señores, ¡por fin!... Perdóneme que los deje... Estamos en Pamplona y ya, por charlar con ustedes, me quedo así sin comer. Mucho gusto en conocerlos. Que ustedes sigan bien, ustedes sigan bien—y, muy aprisa, abandonó el departamento para dirigirse al suyo.

• • •

El tren se detuvo en la estación de Pamplona. Estaba atizada de gente esperando la llegada de los viajeros que acudían a la capital navarra atraídos por la fama que gozaba su inimitable voz. Toda la estación está adornada con profusión de flores, banderas y gallardetes. Los hombres y las mujeres, ataviados en traje de fiesta, que esperan la llegada del tren, al entrar éste en la estación, prorrumpan en entusiastas gritos de vívas y bienvenidas. Mariana, ante el griterío se acerca a la ventanilla y sorprendida ante la actitud del público, cree que todas aquellas manifestaciones de júbilo obedecen a haberse enterado de que en este tren viaja la celebre cantante Patti y en homenaje a su arte le dedican aquel ensiberrizado. Adolina, al contrario, puesto que supone que nadie debe saber que ella viaja en aquel tren, no quiere dar crédito a lo que su doncella le dice, pero acordándose a la ventanilla no tiene más remedio que rendirse a la evidencia al ver agitar a la gente hacia el vagón que ella ocupa, exclamando: ¡Viva, viva! Verdaderamente comprobada, pero convencida de que aquellas muestras de agrado están dirigidas a ella, saluda agradecida, pero cuando con mayor solitud contesta a los simpáticos navarros, se da cuenta de que no son para ella todos los vívas y saluciones de aquella gente. Son... para su venida de departamento, el hombre mal conocido que viajaba en el mismo vagón que Uriarte, y sus familiares, entusiasmados ante su llegada, haciendo eco a los vívas pamploneses, acudiendo en tropel a recibir como se merecía a aquel pobre y familiar.

Adelina, riendo la equivocación, pero quizá un poco ofendida en su vanidad de artista y de mujer, dice a Marión:

—¿Ves, mi Marión, como estabas equivocada?

—Es intolerable—rugía Marión verdaderamente ofendida en su dignidad. Y, sin pretender ocultar su sentimiento, agregó: — ¡Qué ignorancia! Me vas a oír.

Uriarte, en aquel momento, pasaba por debajo del vagón donde estaban acomodadas las dos viajeras, y, al verlas, les pregunta:

—¿Pero, ustedes, qué hacen que no bajan?

—Nosotras no tenemos nada que hacer en este pueblo... — dice, con el máximo desdén, Marión.

—Continuamos el viaje a Madrid—añade amablemente Adelina.

Pero Uriarte les indica que no pueden continuar porque el tren mora en Pamplona, donde rendía viaje y no continuaba hacia Madrid.

Ante la duda de Marión y Adelina, Uriarte se vió en el caso de explicar:

—No, no es broma. El tren muere aquí. En Pamplona comienzan hoy las fiestas de San Fermín, y hoy es Pamplona el ombligo del mundo... todos los trenes del universo están aquí y hasta mañana no seguirán hasta Madrid.

Ante las muestras de contrariedad de Adelina y Marión, el galante Uriarte se ofreció con su acostumbrada amabilidad:

—No se preocupen—les dice—. Me ofrezco desde este momento para cuanto necesiten. Tenganme por un servidor. En Pamplona, están hoy todos los

hoteles abarrotados, pero yo conozco mucho al dueño de "El León de Oro" y haré que haya habitación para ustedes.

• • •

En una habitación sencilla, pero confortable, del hotel "El León de Oro", asomado a la ventana, respirando el ambiente de Pamplona en fiebre de sus fiestas furiosas y evocando imborrables recuerdos de su niñez y de su primera juventud, se encuentra el mago del violín, el portentoso músico cuyo arte inimitable llenó una época y cuyo recuerdo vive aún en todos los españoles.

En el momento que le vemos está en plena juventud y en la fuerza de sus facultades. Cuenta veinticinco años, de aspecto simpático, buena presencia y denotando en su rostro la bondad de alma.

Está ocupado en dar los últimos toques a su indumentaria, colocándose la corbata frente al espejo. En ese momento, llaman a la puerta y Pablo responde a la llamada con el consabido, jadelante!

Al mismo tiempo que se abre la puerta, Pablo mira al que entra, y, sin reprimir una sorpresa de franca alegría, exclama:

—¡Felipe!

—¡Pablo!—exclama éste, con gran alegría, y un abrazo unió a los dos amigos de la infancia.

Felipe reconviene amigablemente a su amigo Pablo:

—No me expliques tu decisión de venir aquí de incógnito. ¡Con el recibimiento que te preparaban tus paisanos!

—Precisamente es lo que no quiero

—contestó Pablo—. Quiero sentirme niño. Recordar aquellos tiempos, perderme por las calles y rincones de Pamplona... — y, al decir esto, como queriendo hacer realidad lo que su imaginación soñaba, se asoma de nuevo a la ventana y respira fuertemente como pretendiendo absorber en una aspiración toda su vida pasada.

Felipe le saca de su ensimismamiento, diciéndole:

—Pero todo Pamplona sabe que hay un concierto en la catedral, por deseo de la Condesa de Espoz y Mina.

—¿Y decir — continúa Pablo — que hace una semana no podía asegurar que estaría con nosotros!

—Eso dejabas traslucir en tu carta. Muchos habíamos perdido la esperanza de oírte tocar en Pamplona. ¿Tantas veces lo habías prometido!

—Por cumplir contratos, complacer a todos, aplazar uno lo más afectivo, lo más íntimo... He de confesarte que el venir aquí era mi mayor ilusión... Desgraciadamente, he de marcharme mañana. Al día siguiente estoy anunciado en Barcelona.

—¿Y no vas a pasar las fiestas con nosotros?

—Tranquilízate. No me faltarán horas para compartir con vosotros mi alegría. Pero ahora hablemos de ti. Cuéntame qué haces, qué proyectos tienes...

—Yo, Pablo — contesta humildemente Felipe —, llevo una vida bien distinta a la tuya. Pasante de un abogado y el "debe" y el "haber" de varias casas de comercio. Pero tengo ambiciones, y hoy más que nunca. Estoy enamorado de la muchacha más bonita

y más bonita de Pamplona y quiero casarme con ella, si venzo en la lucha.

—Venzerás — le anima Pablo —, lo lo aseguro. Te deseo mucha suerte, muchacha.

—Yo te lo agradezco, Pablo... pero ahora, vámonos.

—¿Has encontrado ya quien me acompañe en el concierto de la catedral? — pregunta Pablo.

—Sí, no pases cuidado — contesta Felipe, un poco misterioso —; vas a tener una agradable sorpresa.

Y descendieron los dos amigos al vestíbulo del hotel, donde Felipe, cogiendo del brazo a Pablo y dirigiéndolo su mirada a una muchacha de unos veinte años, que estaba sentada en un sofá, sosteniendo en sus manos un cuaderno de música, le dice:

—Esa es la joven que te acompañará en el concierto de la catedral.

—¿Dónde está? — preguntó Pablo.

A la derecha, en el sofá reclinado — indica Felipe.

Pablo mira hacia ella y, ante la indiferencia de su mirada, Felipe le pregunta:

—¿La conoces?

—No! — contesta Pablo.

—Es María Luisa Recalde.

—¿Mi compañera de estudios en el Conservatorio? — se acuerda Pablo.

—Pero es posible?

Y los dos amigos se dirigieron en su busca. Al llegar junto a ella, Pablo, con decisión, la saluda con su nombre.

—¿María Luisa!

—¿Me has reconocido? — pregunta con emoción y alegría la muchacha.

—¿Y tú? — se limita a contestar Pablo.

—Te habías reconocido entre mil—
—¿Cómo? ¿No le había dado nada desde entonces?—dijo Pablo, con una sonrisa escéptica.

—Sí — asienta, mirando también a María Luisa — pero tu retrato aparece constantemente en los periódicos. Espero que no te acompañará del todo mal.

—¿Times incluido?—pregunta Pablo.

—Mucho — contesta con toda sinceridad la muchacha.

—No puede ser — interviene Felipe — es la mejor pianista de Pamplona.

—¿Qué exageración? — afirma humildemente María Luisa, y añade, dirigiéndose a Pablo: — Ven, vamos al ensayo.

Salieron los tres a la calle, llena de gente en cuyos semblantes se notaba la alegría que a todo pamplonés animan las fiestas típicas de San Fermín, y Felipe observó:

—Tendremos que dar un rodeo, la plaza está cerrada por la fiesta.

—¿Que más da! — dice Pablo — Yo quiero esto, andar, perderme, ir por las calles como si fuese un niño.

* * *

Momentos después de haber salido del hotel, Sarasate, Felipe y María Luisa, paró frente al "León de Oro", un carruaje descubierta, ocupado por Adelfa Pati, su inseparable Marión y el sercicel Uriarte, que, fiel a su palabra de acomodar a las elegantes viajeras en un buen hotel de Pamplona, no las dejó solas al momento. Galante, Uriarte, descendió del coche y ayudó a bajar de él a las dos señoras. Marión cogió una sombrerera, una manta

de viaje, un neceser y el perrito, y con todo este bagaje entró en el vestibulo del hotel, siguiendo a su señora y a Uriarte.

Cuando el archivero municipal se dirigió al dueño del hotel solicitando habitación para sus protegidas, obtuvo la negativa que él ya esperaba: pero no quiso Uriarte quedar en ridículo ante tan distinguidas damas y apeló a todos los recursos, esgrimiendo tales argumentos, que el dueño del hotel no tuvo más remedio que destinar a sus nuevas huéspedes la mejor habitación de su fonda, que tenía reservada usualmente que para el diputado.

A una orden del dueño del hotel, José, el criado, tomó el equipaje y, seguido de las dos damas, subió a la habitación u cilla destinada.

Una vez dispuesto todo el equipaje, Marión, dirigiéndose a José, le preguntó:

—La señora quisiera dar un paseo. ¿Hay algo interesante que visitar en la ciudad a estas horas?

José, después de meditar un poco, contesta:

—En Pamplona, todo es digno de verse.

—¿Por ejemplo? — preguntó Marión, para especificar.

—La Ciudadela — contesta José.

—¿La Ciudadela? — pregunta Adelfa, un poco intrigada.

—Sí — contesta José — pero pillas muy lejos.

—¡Ah!, ¿sí? Y más cerca, ¿no hay nada digno de verse?

—Sí, el Ayuntamiento.

—¿Es interesante? — pregunta Adelfa.

—Sí, pero hoy no puede visitarse. La plaza está cerrada.

—¿Qué lugar hay digno de admirarse sobre todos? —vuelve a preguntar Adelina, que ya no veía la manera de poder visitar nada.

—La Catedral—contesta sin titubear José, y luego de una pausa, continuó: Pero hoy no dejan entrar a nadie, hay un concierto.

—¡Váyase usted a dormir!—impone Marión, molestanda ya por tanta dificultad como este hombre ponía.

—¡Si me dejaran!—comenta José, y salió de la habitación, dejando a las dos señoras sin saber a dónde podrían ir para distraer su ocio.

Adelina recuerda que Urriarte le dijo en la conversación que mantuvieron en el tren que había un conservatorio y que era muy curioso, y decide visitarlo. Ya que era, al parecer, el único sitio que podía verse.

* * *

El concierto anunciado en la catedral, y que había de correr a cargo del gran violinista pamplonés Sarasate, había dado principio. El solo anuncio de que Pablo estaría en la catedral atraía a aquella iglesia metropolitana a todo Pamplona. Todos querían ver y oír a su insigne paisano, que tan alto había puesto el nombre de su patria en todo el mundo.

Los rayos del sol, penetrando a través de una vidriera de colores, iluminan el órgano donde está sentada tocando con tanto interés como emoción, María Luisa, que acompaña a Sarasate. Tan atenta está a lo que toca como a oír las mágicas notas que Pablo

arranca a su violín, y a cada acorde vuelve la cara para mejor oír y ver la figura elegante del violinista que, de pie en la tribuna preparada al efecto, mantiene en éxtasis al público que llena el amplio ámbito de la iglesia mayor.

Las inspiradas notas del "Ave María" vibran en las naves de la catedral, recogiendo a todos los oyentes en un misticismo que obliga, en un movimiento instintivo, a volver sus miradas a una imagen de la Virgen María, rodeada de luces.

Entre las filas de refinamientos se encuentran la Condesa de Egor y Mina, desahucadora del talento de Sarasate y protectora suya. También se encuentra el aristócrata, que, con los ojos cerrados, escucha devotamente las melodiosas notas de la inspirada composición.

Con las últimas arpeggios termina Pablo el "Ave María" y el público, absorto ante tanta hermosa sentida y por encontrarse en el santo lugar donde se halla, quedó sumido en un profundo silencio.

Pablo deja caer el arco del violín y se dirige hacia María Luisa. Al llegar junto a ella le dice:

—¡Has estado magnífica!

—Dices que toca mejor el piano—contestó ella en un tono de humildad y un poco sacrada.

—Se me ocurre una idea—continúa Pablo—. Me hubiese gustado charlar contigo acerca de ella. Pero estoy citado con la Condesa de Egor y Mina. Espérame un momento.

—No sé si podré...—contestó un poco contrariada María Luisa—. Felipe me está esperando para acompañarme al Conservatorio. He prometido a

Don Blas ir a su casa a eso de las doce.

Pablo, al oír el nombre de su maestro, queda agradablemente impresionado y dice a María Luisa:

—¿Blas Álvarez? ¡Mi primer maestro! ¡Qué alegría tendré de volverle a ver!

—Y él a ti—se apresura a contestar María Luisa—; te quiere como a un hijo.

—Bien, irá a buscarte a casa de don Blas—termina Pablo.

Pablo, al separarse de María Luisa, fué en busca de su protectora, la Condesa de Lepoa y Mina. Antes, y dirigiéndose al sacristán, le encarga:

—Haga usted el favor de enviar mi violín al hotel.

—Lo llevaré yo en persona si usted me lo permite, don Pablo—contesta, lleno de entusiasmo, por poder servir en algo a quien, momentos antes, le hiciera sentir tan bondadosamente.

—Muy agradecido—contesta Pablo.

—No tiene nada que agradecerme usted, algún día hablare a mis nietos de esta anécdota.

—¿Tiene usted nietos?—indaga Pablo.

—Aún no, pero ya vendrán. —Y cogió el violín con el mismo cuidado e interés que si se tratara de una valiosa joya y se dispuso a llevarla él mismo al hotel.

* * *

Pablo se unió a la Condesa, que departía con los consejeros de la Diputación. La Condesa le acogió con muestras de gran complacencia y, mientras

mantenia una mano de Pablo entre las suyas, le miraba con gran cariño.

Uno de los consejeros, dirigiéndose a Pablo, le habla:

—En nombre de la Diputación de Navarra, tengo el honor de darle a usted las más expresivas gracias. Lo que un día hicimos por usted nos ha sido devuelto con creces.

Pablo se inclina respetuosamente como agradeciendo sus palabras, y el diputado continúa:

—Ya que usted ha contribuido con su arte al engrandecimiento de España.

La Condesa, se despidió:

—Hasta la vista, señores.

Y, dirigiéndose a Pablo:

—Ven, Pablo, acompáñame, quisiera hablar contigo.

Subieron al coche y la Condesa dice a Pablo:

—Me siento feliz de haber vivido este día. Has hecho realidad cuanto yo había soñado, Pablo.

Pablo besa, conmovido, la mano de la Condesa, agregando:

—No olvidaré nunca lo que usted ha hecho por mí.

La Condesa, con un movimiento lento de cabeza, continúa:

—No solamente yo, sino también tu tierra, ¡Navarra! Ella se ha encargado de que pudieses llegar a donde tú llegas. Prométeme, Pablo, que, a pesar de que el mundo entero llegue a admirarte y aplaudirte, no has de olvidar nunca a tu patria. Las raíces de tu gloria están aquí, en España.

Pablo, mirando a la Condesa con aire de gran sinceridad, afirma:

—La prometo a usted que el día de hoy será para mí como un tallamón. Cada año, el día de la fiesta de San

Fermio, volveré a Pamplona a dar un concierto.

—Te lo agradezco, Pablo — contesta la Candesa, y agrega:

—Dime dónde te dejo...

—He de ir a casa de don Blas, mi viejo profesor.

• • •

Utiarite una ración, al calificar de curioso, y aún podría haber añadido pintoresco, el conservatorio de Pamplona.

En una de las calles más típicas, en una casa que por su arquitectura destaca de las del resto de la calle, a derecha e izquierda de la puerta de entrada, había dos letreros que por la índole de lo que anunciaban se contraponían, pues no podían ser más dispares. En el de la derecha, se leía: *Blas Alvarez. Ultramarinos y Frutería*. Y en el de la izquierda: *Blas Alvarez. Director del Conservatorio de Música. Lecciones en toda clase de instrumentos*.

Cada vez que se abría la puerta, se oye el sonido de un campanil. Mujeres sencillas, pero decentemente vestidas, entran en la tienda para proveerse de los más variados artículos. A la tienda llega el sonido de un solo de violín con algunas notas discordantes. Es un discípulo de don Blas, que está recibiendo lección del viejo profesor.

En la tienda, no hay nadie para despachar a la clientela. Las parroquianas, habituadas ya a estas prolongadas ausencias de don Blas, que aprovecha el buen profesor para dar lecciones de música a sus discípulos, aguardaban pacientemente.

Una de las parroquianas, al entrar en la tienda y observar la soledad de las que esperaban, dijo, dirigiéndose a una de ellas:

—Buenas días, doña Concha... ¿pero es que no las atienden?

—Estamos aquí — contesta la aludida — hace media hora, y nada... En cambio... ¿escucha usted el concierto?

En efecto, se oían muy bien las notas que el discípulo, algo torpe, arrancaba del violín y, también mezcladas con el son del violín, las voces de don Blas, que tarareaba enérgicamente una misiquilla, enseñando la lección a un violinista novel.

—Tararira - Tarirato - Tari - Tarari - vari - vari - rarirara... — se oía a don Blas.

Una parroquiana, un poco impaciente ya por tan larga espera, dando con los nudillos sobre el mostrador, grita:

—¡Don Blas! ¡Don Blas! ¡Don Blas! ¡Eh!...

—¡Sí, como que le va a hacer caso!... — dicen a dúo otras dos de las mujeres que esperaban y que sin duda conocían mejor que aquella a don Blas.

—Y, además, estamos siete delante de usted — interviene una tercera, que quería hacer prevalecer su derecho a ser despachada antes que ella.

—Ya lo vengo diciendo — comenta una de ellas — este don Blas tiene que elegir entre el violín o el hacalao.

—Eso se lo vengo diciendo yo hace treinta años... ¡y nada! — añade una mujer que ya conocía bien a don Blas.

En este momento, el incipiente violinista dió una nota tan discordante que ipsofinitivamente todas las parroquianas se taparon los oídos. Una de ellas, más

decidida que las demás, abrió la puerta que comunicaba con el Conservatorio, y, asomándose al interior, grita:

—¡Don Blas! ¡Deje usted a esa calabaza de niño y venga a despachar...!

Pero no contaba con que la madre de "la calabaza" era una de las pacientes parroquianas, la que, al oír tal insulto dirigió a su tierno vástago, y con el humor propio de una madre ofendida, se volvió rápida a la que tan ligeramente había hablado, diciéndole:

—Oiga usted, que esa calabaza es mi hijo... y no consiento... que una mujer como usted... — Y, no contenta con esto, para vengar a su hijo del insulto recibido, propinó a la lengua una sonora bofetada, lo que produjo el consiguiente barullo entre todas las que llenaban la tienda, provocando al mismo tiempo risas y salerosos comentarios.

Don Blas, al oír el griterío que se había armado en su tienda, abandona, por fin, la lección que estaba dando al cansante involuntario de aquella bronca, y se dirige a la tienda. Al ver el estado de ánimo en que se encontraban sus parroquianas, dice:

—Cálma... calma... ¡qué barullo es éste!... Ya estoy aquí... Menos gritos y más comedimiento...

La parroquiana que tenía el primer turno se dirige rápida al mostrador:

—¡Pronto! — exige —, un kilo de localao.

Don Blas, en tono servicial dice:

—¿Un kilo? En seguida.

El discípulo continuaba tocando el violín, por indicación de don Blas, y éste, más músico que tendero, para servir a la que le pidió el kilo de localao, lo cogió de la estantería y, con

él en la mano, llevaba el compás de la música que ejecutaba su discípulo. Observando que no llevaba el aire debido, grita desde la misma tienda:

—Un poco más de prisa.

El discípulo oyó la observación y tocó "in crescendo".

Ya satisfecho, don Blas vuelve a dirigirse a la parroquiana y, entregándole la mercancía, dice:

—Aquí tiene usted su localao, y bien servido, señora de Urramendi.

Luego, dirigiéndose a la de turno, pregunta:

—¿Qué quiere la señora de Ostolaza?

—Un kilo de azúcar molida, dos de cuadradillo, diez centimos de pimientón, un litro de aceite...

Don Blas va cogiendo de distintos sitios lo que le pide la señora de Ostolaza y lo coloca en el mostrador, diciendo:

—Tenga usted, señora.

—¿No le importa si se lo pago otro día? — pregunta ella, segura ya de la respuesta afirmativa del buco de don Blas.

Pero éste está más pendiente de la lección de su torpe discípulo y, molesto por lo mal que ejecuta la partitura que tiene en el atril, no puede por menos de proferir:

—¡Idiota!

Pero la parroquiana creyó que el epíteto insultante iba dirigido a ella y, atrada, le reconviene:

—¡Idiota por pedirle que me fie!

¡Qué se ha creído usted!... ¡Quédense con todo!

Don Blas tuvo que dar las excusas del caso.

—¡Pero, hija de mi vida, si yo es

per ti! Toma tu azúcar y tu pimentón. Y este bacalao y todo lo que quieras...

Llegó el turno a otra parroquiana que, acercándose al mostrador, antes de hacer el pedido, dice a don Blas:

—Oiga usted, el jabón que llevé el último día era malísimo...

Pero don Blas, no perdía de vista a su discípulo, a quien debió hacer efecto la palabra despectiva que momentos antes le dedicara, y, más satisfecho de su actuación, dirigiéndose a él, comentó:

—¡Mejor, mejor... ya va saliendo!

—¿Mejor? —pregunta la parroquiana, que creía que le contestaba a su queja—. Pues, entonces, póngame dos kilos... ¿No me engañará?

Y así, siempre entre interrupciones en la venta por atender a su discípulo, iba despachando don Blas a sus antiguas parroquianas.

* * *

Pablo, acompañado de la Condesa de Espoz y Mina, llegó a casa de don Blas. Descendió del coche de la Condesa y, besándole la mano, entró en la tienda.

—Buenos días, don Blas. Soy Pablo...

—Mis ojos ya apenas te ven; pero, aunque ellos no te reconociesen, mi corazón me dice quién eres.

—¡Qué alegría volver a verle! —exclama Pablo abrazando a don Blas.

—Mientras tú has visto tantas cosas aquí nada ha variado... Mira, Pablo, mira... todo sigue incommutable... la tienda... mi clase... y el recuerdo de tus notas inolvidables... porque nadie

sabe como yo el colosal violinista que tú eres...

En contraste con estas últimas palabras, el discípulo actual de don Blas dio una nota falsa, lo que al ser oído por éste, dijo:

—Ese discípulo es mi ruina... ¡Es un zoquete fabuloso!...

—¡Déjelo! —aseguró Pablo.

Don Blas, atendiendo el consejo de su discípulo predilecto, se acerca a la puerta que comunica con la clase y grita a su discípulo:

—¡Basta por hoy!... —y luego, dirigiéndose a Pablo, pero lo bastante fuerte para ser oído por el pobre discípulo, dice:

—Mis nervios estallan, lleva rotos tres violines...

Saca unos bombones de un frasco de cristal y se dirige con Pablo a la habitación inmediata que hace de clase de música. En ella y ante un aril está el discípulo, que mira a don Blas con ojos asustados. Don Blas se dirige a él y el muchacho se aparta tan pronto temeroso; pero el profesor, hombre de gran corazón y buenos sentimientos, poniendo la mano en el hombro del chico, le consuela:

—No, no, hijo mío, no quise decir eso. Hay que pasar mucho antes de conseguir hacer de la música un arte.

El muchacho, tranquilo y agradecido ante las palabras de su profesor, mete el violín en el estuche y, cogiendo su cuaderno de música, se despidió de don Blas:

—Muchas gracias, don Blas, por su-
lir hoy antes.

—Va, hijo, con Dios y que él te perdone... y no te desanimes... Otras compensaciones se tienen... Mira, este

señor—refiriéndose a Pablo—fué discípulo mío.

—¿Y era tan bruto como yo para las corcheas?—dijo con toda ingenuidad el discípulo.

—Tú, ten paciencia... —dijo Pablo señalándole al discípulo.

—¿Si es don Blas el que la pierde?—contestó éste.

—Anda, buena pieza, toma unos caramelos y quédale de mi vista.

—¡Buenos días! — y salió corriendo de la clase con la alegría del que recobra la libertad.

—¿Ves, Pablo?—continuó departiendo don Blas, cuando quedaron solos—. Mientras tú triunfabas, aquí discurría mi vida entre las judías y los "pizicatos", sin otra satisfacción que las noticias de tus éxitos... Yo ya cumplí mi misión...

Invita a Pablo a sentarse en un sofá y, una vez acomodados ambos, Pablo protesta contra las palabras de don Blas.

—No, don Blas, aún tiene usted que enseñar a muchos alumnos que lo quieran como yo...

—¿Para qué, si ninguno podrá igualarte?... No volverá a existir otro artista del violín como tú... Ni tampoco un muchacho a quien yo quiera tanto como a ti.

—Querido don Blas—dijo Pablo—, siento tener que darle un disgusto...

—¿Tú, un disgusto? Imposible... — se apresura a protestar don Blas.

—Se trata—continúa Pablo—de María Luisa, mi condiscípula de conservatorio, quien hoy me ha acompañado en la catedral.

—¿Te ha parecido mal? ¿Qué des-

gracia!... ¡Si ella lo que domina es el piano!...

—Al contrario. He quedado encantado. Necesito que María Luisa me acompañe en mis conciertos... Felice dispuesto a robarla...

—¿Ya la descubriste, bandido!... — dijo en tono jival don Blas y, levantándose del sofá, continuó:

—Si ella aceptara... ¡Llévala! ¡No debes cortarse las alas a los elegidos!... ¡Me quedaré más solo que nunca!... Es mi sincero. Claro, hay un gran inconveniente... El muchacho no va a querer... Ella sí querrá, pero no podrá convenirle.

Pablo, levantándose igualmente del sofá y no comprendiendo el alcance que don Blas daba a sus palabras, pregunta:

—¿Pero qué demonios habla usted?

—Que Felipe no la dejará — dice sencillamente don Blas, como si Pablo estuviera enterado de todo.

Pero éste seguía sin comprender, por lo que volvió a preguntar:

—¿Y qué tiene que ver Felipe con todo esto?

—Es su novio—aclara, por fin, don Blas—. Dices que van a casarse.

—¿María Luisa y Felipe? No sabía nada... El sí me habló de que estaba enamorado... Me había encantado la idea de que María Luisa me acompañase en mis conciertos. Pero sentí un molestia a Felipe...

—Habla con Felipe — le aconseja don Blas—. No va a casarse mañana. Yo quisiera de todo corazón que María Luisa conociera, siquiera una vez, lo que es la gloria.

En este mismo momento llegan a la tienda los aludidos Felipe y María Lui-

sa. Al entrar en la habitación donde se encuentran don Blas y Pablo, María Luisa corre riueña a saludar a su querido profesor.

Don Blas, que siempre recibía a María Luisa con muestras de verdadera alegría, le dice:

—¿No me habrás dejado en mal lugar en el concierto?

—No—se adelanta a contestar Pablo—. Ya se lo he dicho antes. Ha tocado maravillosamente.

—Podemos estar orgullosos de ella—interviene Felipe.

Don Blas, encantado de tener en su casa a sus dos discípulos más queridos, y queriendo solemnizar tan fausto acontecimiento, saca del armario una botella y unos vasos.

María Luisa, confundida ante tantas frases elogiosas, se dirige a Pablo y dice, recordando lo que éste le había anunciado al terminar el concierto en la catedral:

—Bueno, basta de elogios, Pablo. ¿qué quería decirme?

Don Blas, que ya había escanciado en las copas el vino, interviene:

—¡Un momento! Antes, vamos a brindar por el éxito.

Todos se acercan a la mesa, y Pablo, emocionada, alzado la copa, dice aludiendo al noviazgo de Felipe y María Luisa:

—Vamos a brindar, no sólo por el éxito, sino también por vuestra felicidad.

Felipe se ve en el caso de hablar al verso aludido:

—¡Ah! ¿Ya te has enterado de lo que no llegué a decirte en el hotel?

María Luisa, que estaba intrigada

por lo que Pablo quiso decirle en la catedral, vuelve a solicitar:

—Anda, Pablo, dime ahora lo que tenías que decirme.

—Se me había ocurrido una idea—contesta Pablo, un poco contrariado—; pero no quiero hablar de ello.

—¿Por qué?—pregunta María Luisa.

Don Blas interviene, diciendo:

—¡Claro que puedes hablar de ello! Preguntámo a Felipe.

—¿A mí?—inquire éste, intrigado.

—Tiene que hacerte una petición—expone don Blas.

—Concedido de antemano—dice Felipe, dando en esta contestación pruebas inequívocas del fraternal cariño que le profesa a su amigo Pablo.

Entonces Pablo, dirigiéndose con cierta confianza de éxito en su deseo a Felipe, le pregunta:

—Escúchame bien. En el concierto de Barcelona, toca conmigo por última vez, mi acompañante. Había pensado que quizás María Luisa podría sustituirle en adelante.

—¿Yo?—se adelantó a decir María Luisa toda conmovida y emocionada ante tan brillante perspectiva de éxito—. ¿Acompañarte yo? ¿Es demasiado?...

—¿Y por qué no?—interviene nuevamente don Blas.

—Eso no es posible—habla al cabo Felipe, que era quien en definitiva había de decidir y a quien la proposición no hizo, como es natural, mucha gracia—. No puede viajar sola contigo, de ciudad en ciudad, a través del mundo entero.

—No sé por qué—explica con toda nobleza Pablo—. María Luisa es pa-

ra mi como una hermana. ¿Es que no tienes confianza en mí?

—Sí, Pablo, tengo confianza en ti. Pero tú eres un artista, vives fuera de la realidad. No puedes saber lo mala que es la gente. Piensa un momento en lo que dirían de vosotros...

—Tratándose de Pablo — dijo don Blas —, no existen malas lenguas en Navarra.

—La maledicencia no tiene límites — insiste Felipe —. ¡Me pides demasiado! — dice dirigiéndose a Pablo.

—Bueno, Felipe. Nuestra amistad no debe sufrir por esto.

Don Blas, lamentando en su alma artística no poderse realizar la fella coyuntura de ver triunfar juntos por todo el mundo a sus dos más queridos alumnos, comenta:

—¡Cuánto siento que María Luisa no pueda hacerlo! Hubiese sido el día más feliz de mi vida, el otro a los dos al menos una vez tocando juntos en un concierto.

Al oír esto, Pablo tiene una nueva idea que, sin perder momento, expone a Felipe.

—Oye — le dice —. ¡Esto sí que no puedes negármelo! Deja que María Luisa me acompañe en mi próximo concierto en Madrid. Don Blas irá con ella. Dános ese gusto a don Blas y a mí.

—¡Y también a mí, Felipe! — se apresura a decir María Luisa, llena de entusiasmo ante tan bella perspectiva.

—Está bien. ¡No quiero pareceros un tirano! Y si tuviese tiempo iría con vosotros.

—Podemos ponernos de acuerdo — dice Pablo a María Luisa — para el

concierto en la cena de esta noche en "El León de Oro".

* * *

Adelina, como se lo había propuesto, fué a visitar el famoso conservatorio. No fué en coche directamente desde el hotel, sino que prefirió ir a pie, dando un paseo por las calles de Pamplona. No iba sola. Llevó con ella a su perrito, sujetó con una cadena. El animalito, al llegar frente a la tienda de don Blas, creyó que había andado bastante y, acostumbrado a hacer su propia voluntad sin pedir permiso a su amita, se sentó. Adelina no se dio cuenta de ello y seguía tirando de la cadena; pero el perrito, ¡que sí quiere!, no se movía por más tirones que le dieran. Adelina se puso a curiosarse con gran regocijo la tienda-conservatorio de don Blas, produciéndole un efecto cómico tal promiscuidad del arte y del comercio, arrancándole una sonrisa los letreros que se leían a ambos lados de la puerta. Mientras permanecía en esta contemplación, acortó a llegar a la tienda un hombre gordo acompañado también por un perro, pero así como el de Adelina se caracterizaba por su pequeñez, el de aquel era todo un ejemplar que llamaba la atención por su tamaño. El hombre entró en la tienda y el perro quedó sentado frente a ella. Parecía muy tranquilo esperando la salida de su amo; mas, en cuanto se dio cuenta de la presencia del minúsculo perrito de Adelina, quedó fijamente mirándole con las orejas tiesas y la expresión de duda de si aquel animalito tan pequeño sería un semejante suyo o de otra especie.

para el desconocida. Para cerciorarse bien de ello, dio un salto y, acercándose cuanto pudo al perrillo, que instintivamente retrocedió como asustado por aquella mole que se le venía encima, comenzó a olfatearle con gran cuidado, por temor sin duda de tragarlo al menor descuido. Adelina, dándose cuenta, por fin, del peligro que corría su perrito, comenzó a dar voces al perro grande para que dejara en paz al suyo, pero el perrazo, al oír la voz de Adelina le pareció tan dulce y melodiosa, que comenzó a dar grandes saltos sobre ella. Adelina, al verse así acosada, gritaba:

—¡Vete!— ¡Qué perro más grande y más feo!... ¡Vete de aquí!...

En este momento salía de la tienda Pablo, quien, al ver la escena, llamó al perro hacia sí, para separarlo de la bella dama.

—¡Perro!— imponía Pablo con la voz más imperativa que podía—, ven aquí, no seas malo...

Comprendiendo que si no le llamaba por su nombre no le haría el menor caso, volvió al interior de la tienda y preguntó al hombre gordo que estaba en el mostrador, comprando artículos a Don Blas:

—¿Cómo se llama su perro?

—¡"Sultán"!— contestó el hombre.

En seguida, Pablo, seguro de su éxito, volvió a llamar:

—¡"Sultán", ven aquí! "Sultán", anda.

Pero el perro, como si nada oyera, continuaba haciendo fiestas a Adelina. Esta, volviéndose a Pablo y creyendo que el perro era suyo, le dijo:

—¡Llámele usted otra vez!

Pablo vió con gran satisfacción que

su estratagemma había surtido efecto. Cuando salió de la tienda y observó a Adelina, quedó prendado de repente de su hermosura y, rápidamente, ibó hacerse pasar por el dueño del perro para poder trabar conversación con aquella linda dama. Cuando Adelina le dijo que llamara otra vez a su perro, Pablo se acercó, sintiendo a la gran cantante —para él desconocida— y le dijo:

—Ya le llamo, señorita; pero, como usted ve, no me hace ningún caso.

—No veo que sea para reírse— dijo Adelina—el no tener autoridad alguna sobre él... Está muy mal educado.

Pablo, viendo la cara de enfado que ponía Adelina, sujetó a "Sultán" por el collar, impidiendo que continuara dando saltos hacia Adelina, y, sin cesar de reírse, dijo:

—Es un romántico, sencillamente. ¿Usted ha visto algún romántico bien educado?

Adelina, con aire orgulloso y llena de dignidad, exclamó:

—No haga frases y sujete al perro...

—¡Es un hecho insufrible!

Pablo, riendo aún, a pesar suyo, comentó:

—El sayo debe de estar tranquilo. Pertenece al mundo microscópico.

Adelina, molesta por tan incesante risa, preguntó:

—Terminemos. ¿Por qué esta conversación? — y, diciendo esto, dió media vuelta y se hō a andar calle abajo.

Pablo, acariciando la cabeza de "Sultán", y mirando con ojos llenos de interés a la que se alejaba, dijo:

—Por verla de cerca, con perro o sin perro, apreciando lo encantadora que es usted...

Y así, de esta manera tan sencilla, se

conocieron estas dos grandes figuras del arte, sin suponer ninguno de los dos quiénes eran y que necesariamente tendrían que encontrarse tantas veces, causando la delicia de los públicos y escuchando los aplausos en el mismo teatro.

El comedor y el vestíbulo de "El León de Oro" están en fiesta. Lo mismo que toda Pamplona, en estos días que se celebran sus famosas fiestas de San Fermín. Todos los hoteles, fondas y cafés de la capital navarra rivalizan organizando bailes y festejos para solaz de los forasteros que acuden en tropel atraídos por la fama de los festejos y de los naturales que alborozadamente toman parte en ellos.

En el "León de Oro", como la fonda más importante de la población, rebosan sus salones de una multitud que los llena por completo.

Una orquesta ejecuta los bailes en boga y todo el mundo danza al compás de las notas. Allí están María Luisa y Felipe bailando juntos. Pablo, baila con una guapa muchacha.

Adelina y Marión descienden por las escaleras que comunican con el comedor y vestíbulo y, al ver el baile, quedan un poco extrañadas. Llegan al comedor y se detienen delante de la última mesa.

Pablo, en una de las evoluciones del baile, ha distinguido a Adelina y, recordándola, queda fijo mirándola.

La música cesa de tocar y los bailarines se dirigen a sus mesas. En este momento llega, desde la calle, el sonido de música de gaitas. Todo el mundo deja sus asientos y se dirige a la puerta

de la calle atraído por aquella música. El salón queda vacío y Adelina y Marión se dirigen a una mesa para sentarse. Pero el dueño se acerca a ellas, y muy servicialmente les indica: —Esta mesa está reservada. He dejado otra libre para las señoras...

Atendiendo esta indicación van a ocupar la mesa indicada por el dueño del hotel.

La música de la calle se extingue poco a poco y todo el público vuelve al comedor para ocupar sus mesas.

Pablo, con varios amigos suyos, ocupa una mesa, y en otra contigua se sientan don Blas, Felipe y María Luisa.

Varias personas de aspecto cómico, se sientan en la misma mesa de Adelina y Marión, apretujándolas, lo que molesta a la cantante, pero no se atreve a protestar.

En la mesa de Pablo, sus amigos no cesan de apasajarle, brindando por él a cada instante:

—¡A la salud del estudiante Pablo Selva!

—¡Por nuestra amistad!

—¡Por la alegría! ¡Brindemos por las glorias desconocidas!

Pablo levanta su copa para brindar y, mirando a Adelina, dice en voz bastante alta para que ella pueda oírlo: —¡Yo por las mujeres indiferentes!

Los amigos, riendo y sin comprender la intención de Pablo, responden alzando sus copas:

—¡Brindemos!

Adelina, al oír el brindis de Pablo y observar que la miraba insistentemente, vuelve la cabeza. Marión, que se da cuenta del juego de ambos, dirígese a Adelina y dice:

—¿Ha oído usted? ¡Qué frescura!

La camarera llega con la bandeja llena para servirles la cena. Adelina mira hacia el jardín que hay contiguo al comedor e indica a la camarera:

—Tenga la bondad de servirnos la cena en el jardín.

Los amigos de Pablo, que se habían dado cuenta de la insistencia de éste en mirar una mesa determinada, volvieron la vista para ver quién podría ser la que así absorbía la atención del violinista, y, al observar que Adelina abandonaba su mesa, uno de ellos dice a Pablo:

—Tenga el presentimiento de que has ahuyentado a esa hermosa dama.

—¡Y no es la primera vez!—contesta Pablo, recordando la escena de los perros.

—¡Ah!, ¿conoces a esa señora?—pregunta el amigo.

—¡Sí! Pretendí salvar a su perrito de los dientes de un animal feroz, pero no lo logré del todo.

—¿Sabe cómo te llamas?—pregunta el amigo, burlando la voz.

—¡No!—contesta Pablo.

—Voy a decírselo.

—De ningún modo—ordena con seriedad Pablo, que quería a todo trance conservar el incógnito de su personalidad—. No soy más que el estudiante Pablo Selva.

Y abaligado por una fuerza interior de atracción hacia aquella esquiva mujer, miró al jardín donde ella se aposentó.

Adelina, indiferente, miró hacia lo alto, hacia el cielo...

Sarasate no podía dejar de mirar donde ella estuviera y, para mayor facilidad, dijo en voz baja a un amigo suyo, compañero de mesa:

—Cambia de sitio conmigo.

Ya podía mirar a satisfacción cuando quisiera a la desdénana y hermosa dama. Pero poco duró en dicha. Adelina observó el cambio de asiento que hizo Pablo y, para no ser menos, cambió de sitio con Marión.

Pablo, quedó sorprendido desagradablemente. La orquesta inició de nuevo el baile. Pablo, decidido, se dirige a la mesa de Adelina. Marión, observando la actitud de Pablo y comprendiendo la idea que llevaba, dice furiosa:

—Si ese tipo se atreve a invitarla a bailar me va a oír.

—No te preocupes. Marión — dice Adelina—, verás cómo lo arreglo yo.

Pablo llega a la mesa y, sin más rodeos, invita a Adelina:

—¿Quiere usted bailar?

—No — contesta con seguridad ella.

—Sentiría muchísimo haberla contrariado—insinúa galantemente Pablo.

—Parece ser peculiar en usted el contrariarme—contesta Adelina.

Pablo, amablemente, continúa:

—Tengo la desgracia de no aceptar a agradecerla.

Y Adelina, con tono amable:

—Ahora tiene usted ocasión de ello. Retírese, estamos muy cansadas y este barullo nos ha destrozado los nervios.

Y, con decisión, se levanta, entrando en el hotel.

Marión coge un plato y sigue a Adelina.

Pablo, disgustado por la actitud de Adelina, la siguió con la mirada, y viendo que aquella se dirige a su habitación, tiene una idea para seguir demostrándole el afecto que por ella siente. Se acerca al dueño del hotel.

diéndole algo al oído, colocando al mismo tiempo un dedo sobre sus labios. El dueño, asintiendo a la indicación de Pablo, habla también al oído de una de las camareras y luego llama al director de orquesta que, pocos momentos después, cesa de tocar. Pablo se dirige a sus amigos diciéndoles algo en voz muy baja, poniendo también un dedo sobre sus labios, como indicando silencio. El dueño del hotel va de pareja en pareja habiéndoles al oído. Estos cesan de hablar y los murmullos se van apagando hasta quedar todo el hotel en un silencio absoluto. Adelina y Marión, en su habitación, cuyo balcón da al jardín, donde momentos antes estaban cenando, quedan admiradas del silencio que reina en contraste con el ruido que antes había y contra el que ella protestó ante Pablo.

Adelina, recostada en la cama, anhela a su placer el silencio reinante. Su vista se dirige a la ventana abierta de par en par, por donde penetran el perfume de las plantas del jardín y los rayos de la luna, que iluminan románticamente la estancia. En esta contemplación de la naturaleza en plena quietud, queda sorprendida agradablemente por el sonido de un violín que arranca a sus cuerdas las melodiosas y raras notas de una "Serenata". Su rostro sonríe amablemente.

En el jardín, de pie, entre los árboles cargados de frutos y los rosales y geranios en flor, a la luz de la luna, Pablo, con devoción inmensa, toca el violín, arrancando al instrumento las notas mágicas que él sólo supo sacar.

Adelina escuchaba con creciente interés tan bello concierto y Marión, acercándose a su cama, le dice:

—¿Oye usted... señorita? Seguramente que toca para usted.

—No, no quiero que vuelva a suceder lo de la estación. Ve a acostarte—contesta Adelina, que veis la intención de Marión de hacerla asumir a la ventana para agradecer tan delicado obsequio, ignorante de quién era el que tan magistralmente tocaba. Pero temió que no fuera dirigida a ella la Serenata, como tampoco habían sido para ella los vívas y bienvenidas que en la estación daban cuando ellas llegaron a Pamplona, y de ahí su negativa a Marión. Y quedó oyendo embalsamada las notas que, como la luna y el perfume de las flores, se filtraban por su ventana abierta de par en par.

* * *

Al día siguiente, Adelina y Marión abandonaban el hotel. El dueño, muy obsequioso, se despedía de ellas:

—Hasta la vista, señoras mías.

—¿Dice que hasta la vista?—comentó Marión con Adelina—. Eso sí que no, se lo prometo.

Adelina, haciendo una inclinación de cabeza al despedirse del dueño, le dijo irónicamente:

—¿De usted a sus huéspedes una serenata cada noche?

El dueño, creyendo que le había agradado mucho aquel concierto nocturno, sonrió encantado y contestó:

—Hacemos cuanto nos es posible para agradar a nuestros huéspedes. Pamplona tiene fama de procurar huéspedes agradables.

Salieron a la calle y las señoras se acomodaron en un coche donde el criado llevó las maletas. Marión, como

siempre, cargó con la sombrerera y el perrito.

En la calle, se produjo un barullo grande, y toda el mundo corría a la desesperada.

Al final de la calle se veía un toro, y el criador, que sabía a lo que obedecía aquello, típico en las fiestas de San Fermín, que se corrían por las calles de la ciudad los toros que luego habían de ser lidiados en la plaza, dijo al cochero:

—¡Pronto, pronto!... Ya vienen los toros.

Y el coche partió veloz, con el hombre de Adelina y Marión.

Pablo salía en aquel momento del hotel y sólo pudo ver el coche que se alejaba.

* * *

A María iba a deparársele la oportunidad de saborear por lo menos un día el placer de la gloria. Con la aquiescencia de su prometido Felipe, marchaba en un vagón del ferrocarril hacia Madrid, acompañada de su profesor, don Blas.

Este, a cada momento, miraba el reloj y comentaba:

—Ya habrá salido Pablo de Barcelona.

—Seguramente — decía María Luisa —. A las doce tiene que estar en el ensayo.

Y, con el pensamiento puesto únicamente en Pablo y en el concierto que ambos debían dar en Madrid al día siguiente, continuaron el viaje.

* * *

Montini, el empresario que contrató a Adelina y Sarasate para el concierto que ambos artistas debían dar en Madrid, pasea por el despacho dando órdenes a sus empleados. Es un hombre de gran aparición, de unos cuarenta años de edad, bastante corpulento y muy bien vestido.

Dicta a Rosario, que con un block en la mano está sentada ante una mesa y escribe.

En otra, está sentado un joven, Fernando, que hace de secretario, de escribiente y hasta de recadero del empresario.

Montini, sin dejar de pasear, habla en voz alta:

—¡Hay que ver lo que la gente fantasea! ¡Qué ilusiones!... Un segundo concierto... Imposible. Escriba usted.

—Indica, dirigiéndose a Rosario.

—Diga, señor Montini.

—Como empresaria de la señorita Adelina Patti, he de notificarle—dicta el empresario—que un segundo concierto es imposible totalmente.

Y, dirigiéndose a Fernando, sin terminar de dictar a Rosario, pregunta:

—Averigüe usted si el equipaje de Adelina Patti ha llegado.

—Cálmese, señor Montini—contesta Fernando, que conoce el carácter súbito de su jefe—. En estos momentos tenemos un asunto en la estación averiguando cuándo llega el tren de Barcelona.

—¿El tren de Barcelona? — dice Montini, acordándose entonces de otro asunto—. ¿No tenía que llegar Sarasate en ese tren? Si no se ocupa uno mismo de todo, no marcha nada.

—De ayer a hoy se lo he recordado lo menos diez veces—contesta Fernan-

do, que acentuó el golpe de su principal.

— ¡Recordar, recordar! — volvió a decir Montini—. Moverse es lo que hay que hacer... Bien, yo misma iré a la estación. ¡Si me tocará llevar los baúles a casa!... A ver, señorita, ¿en qué párrafo quedamos?

— Como empresario de la señorita Adelina Patti — lee Rosario lo que momentos antes le dictara Montini para recordarle dónde quedó—, le de notificarle que un segundo concierto es totalmente imposible...”

— ¿Por qué no continúa? — pregunta Montini, viendo que la muchacha se calla.

— Cuando me dicte otra cosa continué — contesta la aludida seramente, cansada ya de tanta impertinencia del empresario.

— ¡Ah! ¿no le había dictado más? — pregunta, exasperándose, Montini, y continúa dictando:

— “Adelina Patti, comprenderá dentro de unos días, una gran *tournee* por América, y es lo más probable que el gran violinista Pablo Sarasate la acompañe en dicha *tournee*. El contrato es posible que quede firmado hoy mismo...” ¡A propósito de contrato! — dice, dirigiéndose a Fernando—. Ahora que hablamos de contratos. Redacte usted el de mi sobrino, para acompañar al piano a Sarasate.

— Sí, señor; es el interés que tiene usted por la carrera de su sobrino — contesta, gimiendo, Fernando.

Pero Rosario cree oportuno intervenir, diciendo:

— Les recuerdo que Sarasate escribió una carta advirtiéndoles el interés que tenía en ser acompañado por determinada pianista...

Llamaron a la puerta y entró Marión.

Montini se dirige a su encuentro y le pregunta:

— ¿Llegaron los equipajes?

— ¡Eso venía a preguntarle!... Buena está la señorita Patti.

— No se preocupen — dice Montini, para calmarla—. Todo estará a su hora y a su momento. Jamás Montini dejó de levantar el telón la fecha señalada.

— Usted será el que se preocupe — dice Marión—. Nosotras, si no llega el vestuario con la anticipación debida, no trabajamos.

— No tra-ba-ja-mos — dice Montini, recalando la palabra — ¿y quién es la otra?

— ¡Yo! — contesta con toda énfasis Marión—. Cada una ocupa su puesto: la señorita Patti, en escena, ante el público, y yo...

— En el camarín — concluye Montini.

— Usted — contesta ofendida Marión — ocúpese de los baúles. Ese trámite es de su incumbencia.

— ¿No lo dije?... Me veo con los baúles a la espalda.

— So me olvidaba decirle — continúa Marión — que la señorita Patti agradece mucho sus flores. Y que no deje de ir al hotel para tomar una taza de té, y — añadió con ironía — no olvide los baúles.

Montini, despidiendo en la misma puerta a Marión, decía:

— ¡Té, té! Como si tuviera uno tiempo de tomar el té — y añade para justificar sus palabras —: Tengo que estar aquí, ir a la estación, acompañar de mil cosas. Ya verán cómo eso de los equipajes trae cola... Y a propósito de la

coia — añade, dirigiéndose a Fernando —, traerán ya el piano para el concierto de hoy?

—Sí, señor Montini — contesta con calma y recordando las palabras Fernando.

—Recoge — añade Montini — las Boce de la tienda y llévalas al teatro. Hemos de dar la impresión del entusiasmo del público.

—En seguida — replica Fernando, disponiéndose a marcharse.

—También quiero — añade Montini — ver los carteles antes de que se tiren.

—Los tendrá usted.

—Usted, Rosario. — sigue ordenando Montini —, continúe con las gacetas, para la prensa... Tenemos que aplazar la correspondencia urgente.

Llamaron nuevamente a la puerta y entran en el despacho María Luisa y don Blas. Ante el gesto interrogatorio de Montini, María Luisa expone:

—Pues, verá... Yo me llamo María Luisa Recalde, y este señor es don Blas Álvarez.

Montini, inclinándose amablemente, contesta:

—Mucho gusto...

—Acabamos de llegar de Pamplona — continúa María Luisa —. El señor Sarasate nos hizo venir para que yo le acompañe al piano en el concierto...

Montini, recordando al momento que era la recomendada de Sarasate, que su empleada Rosaria le recordara antes, y no queriendo que su sobrino fuera suplantedo, fingiendo amabilidad, dice:

—¡Ah! muy bien, síntense, por favor.

—Muchas gracias — agradeció María Luisa.

—La carta de Sarasate ha llegado

—continuó Montini—cuando ya tenía apalabrado un pianista.

Don Blas, al oír lo que decía Montini, con muestras de gran tristeza, comenta:

—Y yo que he hecho este viaje tan largo, tan sólo para oírlos tocar juntos!

Montini, consolando al viejo, manifestó:

—Eso podrá conseguirlo usted más adelante.

María Luisa, que quiere salir de dudas, solicita:

—Yo quiero hablar con Pablo.

—No ha llegado todavía — contesta Montini.

En este momento llaman a la puerta y entra un botones, también al servicio del famoso empresario.

—¿Cuándo llega el tío de Sarasate? — se apresura Montini a preguntar al muchacho.

—No se sabe con certeza. Tras mucho retraso.

El teatro entero está vendido. (Se de esperar que llegue antes de la hora del concierto!...) — vociferaba el empresario, viendo maltrecho su negocio.

María Luisa, al oír lo del teatro, dice:

—Bien, entonces iremos a esperarle al teatro.

Pero a Montini no le convenía de ninguna manera que María Luisa se pusiera en contacto con Sarasate, por que esto podría frustar el plan que él tenía para que su sobrino fuese el acompañante al piano del gran violinista, y se apresura a decir:

—Lo mejor será que los dé dos localidades para el concierto de esta no-

che y al terminar podrán hablar con él.

Y, dirigiéndose a Fernando, su secretario, haciéndole un guiño tan disimuladamente que pasó inadvertido al subordinado, inquiera:

—Fernando, ¿quedan aún dos buenas butacas?

—Sí, quedan dos—contesta el empleado, ufano de poder complacer a su jefe.

—¡Tienen ustedes suerte!—exclama Montini al mirar las dos butacas que le dio Fernando—. Son las últimas que quedan.

—¡Muy-amable!...—agradece María Luisa, que no alcanza las intenciones de Montini, y con don Blas se dispone a abandonar el despacho.

—¡Hasta pronto! Vayan tranquilos—dice Montini, satisfecho de poderse deshacer con tanta facilidad de ellos.

Una vez solos, Montini, encolerizado, se vuelve a Fernando y le recrimina:

—¡No será nunca nada!... ¿Es que no tenemos localidades invendibles?

—¡Como me dijo usted que buenas...!—se excusa Fernando.

—¡Me pone usted frenético!—grita Montini—. ¿No vio usted que quería quitármelos de encima?... Cuando digo "muy buenas" localidades, quiero decir "malas", cuando digo solamente "buenas" es que las quiero "buenas" de verdad, y cuando digo "lo mejor que quede" es que las quiero "rematadamente malas"... Y esto tan sencillo, ¿no se lo aprenda?

Y Fernando, que a pesar de la "escuilece" de lo que el empresario le exponía no comprendía lo que quería decir, se limita a contestar:

—¡Me ha dado pena la señorita!...

—¡Si el dinero fuera de usted, ya veríamos a dónde se iba la ternura!... Y si Sarasate no llega, o el equipaje de la Patti no está en la estación, me espera la catástrofe. Pierdo cien mil pesetas...

* * *

En el camarín de la Patti, donde procedía la gran cantante a dar los últimos toques a su atrezzo para el concierto en que debía presentarse unos momentos más tarde ante el público selecto que llenaba la amplia sala del teatro de moda, Montini, nervioso, trataba de convencer a Adelina. Pero ésta, consciente, como todas las artistas, de la importancia que para su carrera y ulteriores contratos tiene el lugar de actuación, argumentaba:

—Me es indiferente que pierda usted cien mil pesetas, no quiero cantar la primera.

—¡Se lo suplico, señorita Patti, sea usted tan amable! Sarasate no ha llegado todavía, el tócoi viene con retraso. El público está esperando. Voy a huscarlo a la estación, por favor; conté usted.

—No se canse más, no quiero cantar la primera—seguía diciendo la Patti.

—Pero, señorita, piense usted que los empresarios con quienes he contratado su *tournee* se encuentran en el teatro. Estos señores están deseosos de oírla.

Tantos argumentos esgrimió, tantas razones le expuso, y tanto se lamentó, que la Patti accedió a cantar en primer lugar.

—¡Bueno, cantaré! Pero ese Sarasate

te me va a conocer, ¿se lo aseguro!

Pero los contratiempos no cesaban para el pobre y atribulado empresario. Apenas salió del camarín, se topó con María Luisa y don Blas que, impacientes por hablar con Sarasate, en lugar de ocupar las localidades que tan "amablemente" les ofreciera Montini, pasaron al escenario para no perder de vista a Pablo. Montini, cuando vio a María Luisa y don Blas, comprendió que nuevamente podría transar su sobribo y, sin más preámbulos, les dijo:

—¿Qué hacen ustedes aquí? ¿Qué quieren ustedes?

—Queremos hablar con Pablo de Sarasate—volvió a insistir María Luisa.

—¿Quiéren ustedes volverme loco?—rugió Montini—. ¡Sarasate no ha llegado aún! ¿No se quedan aquí? El concierto va a empezar sin Sarasate. Salgan del escenario.

—¿Es que no va a venir?—se atrevió a preguntar tímidamente don Blas.

—No soy ningún profeta—contestó malhumorado Montini—. Quizás venga, quizás no.

María Luisa, al ver el mal genio que gastaba Montini, decidió salir del escenario, pero antes aún, en tono de ruego, le suplicó:

—¿Cuándo venga Pablo será usted tan amable de decirle que le esperamos después del concierto en el hall del Gran Hotel?

—Con mucho gusto. No dejaré de decirselo—contestó el empresario, ya en un tono más amable al asegurarse de que, definitivamente, podía lucrar a los insistentes visitantes.

—Muchas gracias—dijo María Luisa y, acto seguido, en compañía de don

Blas, abandonó el escenario para ocupar las butacas.

Y Adelina cantó. Cantó como sabía hacerlo, cautivando al público que admiraba en ella tanto su belleza como la dulzura de su voz, que rendía al más exigente.

Por fin pudo respirar el empresario. Después de tan grandes apuros como pasó, todo salió bien y, no sólo no perdió sus cien mil pesetas, sino que su fama de gran empresario quedó afeanzada con este magno concierto en el que reunió a las dos más grandes figuras artísticas de la época. Pablo llegó con tiempo para actuar después de Adelina. No bien entró en el escenario le recibió Montini lleno de alegría por su presencia y le dio cuenta de la visita de María Luisa y don Blas, pero omitiendo los detalles necesarios para que Pablo no pudiera ponerse al habla con ellos.

Sarasate, comprendiendo las razones que su empresario le daba, dijo:

—Sí, me doy cuenta de que María Luisa Recalde no podría tocar esta noche, sin haber antes tenido un ensayo.

—Eso es lo que yo pienso. Para los próximos conciertos, todo estará, de listo, arreglado—y, cambiando de tema para hacer olvidar a Sarasate la visita de sus poisanas, le dijo:

—Hablemos de otra cosa. Tengo dos proposiciones fantásticas para América.

—¿Para América?—interrogó Pablo.

Montini, hablando con gran entusiasmo, para contagiar a Pablo, continuó:

—¿Un negocio fabuloso! Nueva York, Chicago, América del Sur. Vein-

tincho conciertos a mil dólares, por un mes.

Pero Pablo, que ante todo sentía el arte por el arte mismo, al ver manejar de esa manera cifras y fechas como si se tratara de una mercancía, contestó sin perder la tranquilidad:

—No se cause usted, Montini; no soy una máquina, ni el arte una mercancía.

Montini, comerciante ante todo, contentó sonriendo:

—Dólares son dólares.

Pablo, sonriendo también, repuso:

—No me convencer usted.

—Habrás visto cosa semejante? — comentó Montini, incapaz de comprender el espíritu del artista.

Pablo se dirigió a su camarín, pero, al pasar junto al escenario, se detuvo escuchando con deleite la voz de Adelina que cantaba esta canción:

Dondequiera que está,
se hunde el día con un último
rayo de sol.
Y la princesa estaba loco en
el firmamento.
Dondequiera que está,
deberás adivinar mi tristeza,
pues sin ti el mundo no tiene
alegría.
Te llama mi canción
en la inmensa lejanía.
Avanza hacia las estrellas
para atraerte a mí.

Montini, viendo que Pablo estaba embobado escuchando la voz divina de la Patti, le recordó:

—Venga usted. Tiene que mudarse de ropa.

—¿Un segundo más? — suplicaba Pablo.

Y Adelina seguía cantando, ignoran-

te del admirador que tan cerca la escuchaba:

La que tú eres para mí
te lo contare suavemente
y también tú sentirás
un anhelo por mí.
Vibran los valles y colinas,
y llega, hasta ti, como mi
canción de amor tiene alas.
Te llama mi canción
en la inmensa lejanía.
Avanza en las estrellas
para atraerte a mí.

Al terminar la canción, estalló una estruendosa ovación, que se prolongó durante un rato.

Pablo, instintivamente, exclamó:

—¿Es maravilloso?

Montini, lleno de júbilo por ver el efecto que Adelina había producido sobre Pablo, lo que favorecería sus proyectos de contrato de años por América, contestó a la exclamación de Pablo:

—Es una mujer extraordinaria. ¿Quiere usted que se la presente?

—No, gracias. Voy a cambiarme de ropa. Venga usted.

Adelina abandonó el escenario, donde aún se oían los últimos aplausos del público, y al entrar entre bastidores, Marión, que la esperaba, le dijo:

—El violinista Sarasate debe de haber llegado durante este tiempo.

—A nosotros, ¿qué nos importa? — dijo secamente Adelina.

—¿No quiere usted irle? — preguntó Marión.

—¿Yo? — dijo displicente la Patti. — No me interesa. Pero tú si quieres puedes ir a ese hombre que ha interrumpido mi éxito.

Y, decidida, marchó al camarín pa-



„las fiestas de San Fermín.



—Vencerás—le animó Pablo.



—Espero que no te acompañaré del todo mal.



—Buenos días, don Blas. Soy Pablo,



—Tú, ten paciencia—dijo Pablo amablemente al chiquillo.



—Vamos a brindar, no sólo por el éxito, sino también por vuestra felicidad.



Adalina escuchaba con creciente interés tan bello concierto...



—El señor Soroste nos hizo venir para que ya le acompañe al piano.



Adelina contó, como sabía hacerla, cautivando al público...



—¡Cuánto me alegra verla de tan buen humor!



—¿Me permite que la acompañe hasta su casa?



La emperatriz Eugenia y Napoleón escuchaban con atención a tan gran fantista,



... comienza un concierto de violín Pablo de Sarasate.



—Pero de varas el último—accorda Adelina.



—Vengo a repetirta una petición que te hice hace un año.



—Ven conmigo. No destruyas mi felicidad.

ra cambiar su ropa de concierto por la de calle.

* * *

A la vez maravillosamente dulces de Adelinea siguieron, en el escenario, los trinos inigualables que Sarasate, con su talento excepcional, arrancaba al violín. El público, en silencio absoluto, absorto en tan admirable arte, saboreaba las melodiosas notas.

Entre el público se encontraban María Luisa y don Blas, cuyas caras al descubrir a Pablo, se animaron con aire de felicidad.

Marion quedó entre bastidores, desuena de escuchar al que decían tan gran artista y causó su indignación cuando, en el tren que la conducía a Pamplona, mirando el cartel que anunciaba el concierto, observó que figuraba con letras tan grandes como su admirada señora. Al ver a Pablo, sus ojos no querían creer lo que veían. ¿Era posible? ¿Aquel estudiante que en el hall del hotel "El León de Oro", de Pamplona, importunaba a su señora, resultaba ser nada menos que Sarasate, el tan truido violinista? Y, presa de gran impaciencia por comunicar a Adelinea lo que había descubierto, corrió al camarín.

—¡Señorita! ¡Señorita! —gritó al entrar—. ¡Venga usted! ¡Va a quedar usted atónita!

—¿Qué sucede?—preguntó un poco sorprendida Adelinea.

—Venga usted al escenario y fíjese en ese Sarasate. Verá quién es.

Adelinea, intrigada por las palabras de su fiel camarera, fué a ver, entre bastidores, al que provocaba en Marion tanta curiosidad.

Cuando llegó cerca del escenario estaba también Montini escuchando el efecto que el violinista causaba en el público. Así, los tres, Montini, Adelinea y Marion, se disponían a ir a Sarasate. La Patti, que al principio estaba en segundo término, atraída por la música que escuchaba, fué hacia adelante. Al ver a Pablo, reconoció a su perseguidor en Pamplona, y se ceño, repentinamente, se frunció; pero al escuchar con atención el violín que en manos de Sarasate emitía mágicas notas, su cara cambió de expresión, trozando el ceño por una sonrisa de complacencia ante tan excelso arte. Permaneció así extasiada escuchando y admirando a Sarasate, su elegante figura, su expresión inconfundible...

Por fin Pablo terminó su concierto y el público, arrebatado por tan exquisito arte como supo el celebre violinista hacerle sentir, aplaudía frenéticamente, uniendo a los aplausos, voces de vítores y grandes murmullos de aprobación.

El escenario se cubrió de grandes cestas de flores que sus admiradores y la "magnanimidad" de Montini le ofrecían. El telón se levantó infinitas veces para que Pablo pudiera corresponder al ferviente homenaje que el público le tributaba.

También Adelinea, Marion y Montini, contagiados por el clamor del público, aplaudieron frenéticamente.

María Luisa y don Blas, que asistían a tan extraordinario espectáculo, con los ojos llenos de lágrimas por la emoción, aplaudían con entusiasmo y sus miradas se cruzaban con una expresión de inteligencia y comprensión.

Montini, que no perdía de vista a

Adelina, al observar el buen efecto que Pablo causó en ella, jubiloso por ver factible el negocio que con ambos artistas proyectaba por tierras de América, le dijo adulator:

—Es un gran artista, ¿verdad?

—Sí, toca magistralmente—contestó Adelina.

—Sería un gran éxito para América, si hiciese la *tournee* con nosotros — insistió Montini.

Adelina le miró significativamente, y el empresario, su mirada fija únicamente en el escenario, donde Pablo seguía escuchando los aplausos, siguió diciendo:

—América les llevaría en triunfo. La cubría de gloria y de oro. La gente se volvería loca.

Pero Adelina no oyó estas últimas palabras; salió de entre bastidores y, cuando Montini se volvió hacia el lugar por ella ocupado y no la vió, exclamó desilusionado:

—¿No me escuchas!

Adelina llegó a su camarín y ante el espejo procedía a arreglarse el pelo, cuidado que la súbita interrupción de Marión para que fuese a ver al violinista cortó entonces.

Por el mismo espejo ante el que ella se tocaba, y que estaba precisamente frente a la puerta de entrada, vió como se abría ésta y se siluetaba la figura de Pablo con un ramo de flores en la mano. El violinista avanzó en la habitación y, mirando por encima de las flores que cubrían todo el camarín y ocultaban la figura de Adelina, al observar a ésta tan cerca y tan hermosa, quedó un poco azorado creyendo que se había equivocado de habitación, pues no podía suponer que la célebre

Patti, a quien, como un delicado homenaje hacía la compañera de concierto, llevaba las flores, fuese aquella mujer que le había llamado tan poderosamente la atención, exclamó:

—Perdone usted. ¡Me he equivocado de puerta!

—Una incorrección no debe tener importancia para usted—dijo Adelina, como queriéndole recordar los incidentes de Pamplona.

—¡Todo el mundo puede equivocarse!

—Si cree usted que me lo creo, se equivoca. Espero que no habrá traído usted aquí a su perro.

Pablo, con un gesto de extrañeza, preguntó:

—¿Mi perro? — Y, recordando de pronto la intención con que Adelina hacía la alusión, riendo de buen grado, añadió:

—Nunca he tenido ningún perro.

—Aquel animal que quería comerse a mi "Pompón", ¿no era de usted?

Pablo, sin cesar de reír, dijo:

—No.

Y, acercándose más a la Patti, añadió, con galantería:

—¿Puedo colocar estas flores a sus pies, en señal de arrepentimiento?

—Parece ser que quiere usted que compruebe la galantería española.

—Sí, es posible!—dijo Pablo.

—¿Entonces fué usted quien me dió aquella bonita serenata? — siguió diciendo Adelina, que, atraída por el arte del violinista, suavizaba su trato.

—Quise proporcionarle a usted un rato agradable.

—Fué lo más simpático que tuve en este pueblo.

—¿Pamplona es una hermosa ciu-

dad! —protestó Pablo, enamorado de su tierra.

Adelina desgranó una sonrisa con todo su inmenso encanto y, poniendo su mano sobre el hombro de Pablo, exclamó:

—No vamos a pelearnos otra vez, querido.

En aquel momento, llamaron discretamente a la puerta del camarín, y Pablo, sin darse cuenta, dijo:

—¡Adelante! —pero reaccionando y dirigiéndose a Adelina:

—¡Oh!, perdane usted.

—¡Adelante! —corroboró Adelina, y volvió a reír alegremente.

El que llamaba era nada menos que Montini, quien, entrando en el camarín y viendo juntos a los dos artistas, clave de sus grandes negocios, exclamó:

—¡Ah!, ¿se emocionan ustedes?

—Sí, hace tiempo —dijo Pablo.

—Pero sólo de incógnito —añadió Adelina.

—No me dió usted tiempo de hacer mi presentación —dijo Pablo.

—Eso no hubiese variado mucho la situación —contestó Adelina.

—¡Cuánto me alegra verla de tan buen humor! —dijo Montini — ¡de este modo la cena que he encargado esta noche para nosotros tres ha de ser agradabilísima.

—¿Esta noche? ¡No va a ser posible! —dijo Pablo, recordando la cita que tenía con María Luisa y don Blas.

—¿Tiene algún inconveniente? —preguntó contrariada Adelina.

—Unos amigos de Pamplona me esperan a la salida.

Y Montini, con falsa amabilidad, volvió a mentir:

—No. Esos señores estaban cansadísimo. Han dejado dicho que le esperan a usted mañana en el hotel.

Pablo creyó de buena fe lo que el empresario le decía y accedió, jubiloso ante la suplicante mirada de los ojos de Adelina, a cenar con ellos.

* * *

La cena, en el restaurante más elegante de Madrid, fué todo lo espléndida que el negocio que los dos grandes artistas prometían a Montini requería.

Con la copa de champaña en la mano, Montini brindó:

—Brindo —dijo— por los mejores artistas del mundo entero...

Pablo, a cuyo carácter franco molestaban las adulaciones, protestó:

—Está bien, está bien... Menos propaganda.

Luego, mirando a Adelina, dijo:

—Hace cuatro días, no hubiese creído que estaría hoy cenando con usted aquí.

—Y dispuestos a tener juntos grandes éxitos —dijo Montini, que no perdía ocasión para empujar su negocio.

—Basta, basta, Montini —exclamó, molesto por tanta insistencia, Pablo.

—¿Permite usted que diga unas palabras? —solicitó Montini.

—Guarde usted esas palabras para mejor ocasión —dijo Pablo.

—Tiene usted razón —contestó el empresario; mas, obsesionado con su idea, no pudo menos de decir:

—No hablemos más de ello; pero ¿qué diría usted de una tournée de los dos juntos por América?

—Dejemos ahora los negocios —dijo

Pablo, que lo único que deseaba era contemplar a Adelina y hablar con ella.

Pero Adelina, a quien ya ilusionaba trabajar junto a Pablo, compartiendo con él sus éxitos, dijo:

—¿Por qué no hemos de hablar de ello? Imagínese usted el éxito que tendríamos en América.

—No existen palabras para expresarlo—dijo Montini, entusiasmado al ver la colaboración que encontraba en Adelina.

Montini hizo una seña con la servilleta al camarero que estaba como distraído al lado del buffet. Aquel se dio cuenta de la seña y, acercándose al empresario, le dijo:

—Usted dispense, su secretario está en el vestíbulo y quiere hablar un instante con usted.

—Las ruego que me perdonen un momento—suplicó Montini, dirigiéndose a Adelina y a Pablo. Y, tras un signo de asentimiento por parte de éstos, se levantó de su silla y salió del comedor.

Una vez en el vestíbulo, dijo Montini al camarero:

—¿Por qué no me ha avisado usted antes, cuando le hice la primera seña? Le había dicho que lo hiciese cuando se lo indicase con la servilleta.

—Es que la primera vez no me fijé—se excusó el camarero.

—¿Por qué se distrajo usted?

A Montini no le esperaba su secretario, ni nadie; fue una estratagema para dejar solos a Adelina y a Pablo cuando él creyó que era el momento oportuno. Desde el vestíbulo siguió observando la mesa que ocupaban los dos artistas, quienes seguían hablando ani-

madamente. Pablo preguntaba a Adelina:

—¿Le gusta a usted marcharse a ese mundo desconocido?

—Sí, me atrae lo desconocido; toda mi vida es un viaje a lo desconocido. Nuevas ciudades, diferentes públicos... Madrid me ha interesado particularmente, pues es aquí donde he nacido.

—Madrid es quien debe alegrarse de volver a ver a una tan hermosa y afamada hija—ponderó, galante, Pablo.

—¡Mil gracias!—agradeció Adelina.

—¿No le gustaría quedarse aquí una temporada? Visitaríamos juntos la belleza de la capital—insinuó Pablo, a quien agradaba sobremanera la perspectiva de retener junto a él, sin las preocupaciones de los conciertos, a tan bella mujer.

—¿Y mis contratos?—objetó Adelina.

—¿Piensa usted siempre en sus contratos? ¿No quiere alguna vez vivir su vida? Yo también viago hace años, de concierto en concierto, tocando, componiendo y, entre tantos millones de seres, estoy completamente solo. ¿No le sucede a usted lo mismo?

—Sí, tiene usted razón.

—Los dos estamos desperdiciando nuestra felicidad.

—Venga conmigo a América, Pablo—suplicó Adelina.

Montini, que, oculto detrás de una palmera que decoraba el comedor, no perdía palabra de cuanto hablaban, al oír las palabras de Adelina se frotó las manos con satisfacción.

* * *

María Luisa y don Blas, creyendo en la sinceridad de Montini, esperaban pacientemente en el vestíbulo del Gran Hotel la llegada de Pablo. A medida que avanzaba la noche y no veían aparecer a su querido paisano, la impaciencia se apoderaba de ellos, sobre todo de María Luisa, que, cada vez más nerviosa, no podía ocultar su disgusto. A las dos de la madrugada, ya cansada de tan larga e infructuosa espera, viendo don Blas el estado en que se encontraba María Luisa, le dijo:

—No te pongas más nerviosa mirando el reloj tantas veces.

—Lo que ocurre — contestó María Luisa con una sonrisa resignada — es que usted disimula mejor que yo su impaciencia, don Blas.

—¿Quién, yo? Estoy equivocada — contestó éste como extrañado.

María Luisa, levantándose de la butaca que ocupaba en un rincón del hotel, dijo decidida:

—Venga usted, don Blas, nos vamos. Es inútil esperar más tiempo.

Don Blas, más paciente que la muchacha, se levantó de mala gana, diciendo:

—Ya verá como no es que se le ha olvidado.

—Déjelo usted — contestó María Luisa —. ¡Para qué vamos a preocuparnos! Estoy segura de que ya no se acuerda de que estamos aquí.

—No puedo creer semejante cosa — opuso don Blas, para quien la fe que tenía en Pablo era firme.

María Luisa, contrariada en lo más íntimo de su corazón por haber fracasado su oportunidad de éxito, con los ojos llenos de lágrimas, continuó:

—Volveremos mañana por la maña-

na a Pamplona. Me voy contenta de haberle oído tocar.

Y, sin decir más, se dirigió a su habitación, seguida de don Blas.

• • •

Al día siguiente, en el despacho del empresario Montini, se desarrollaba una escena que, si no hubiera sido por la habilidad de éste y tener un subordinado a quien echar las culpas, le hubiera dejado malparado. Pablo, dolido por no haber podido ir a ver a sus paisanos y haciéndose cargo del dolor que les causara involuntariamente, recriminaba a Montini, diciéndole:

—¿No le habían dicho esos señores que me esperaban en el vestíbulo del hotel?

—¿A mí? — se disculpaba hipócritamente Montini —. Ni una palabra. Quizás a mi secretario, a quien, como siempre, se le habrá olvidado. No se acuerda de nada.

Y, para dar más fuerza a sus palabras y que Pablo no pudiera dudar de él, fué a caer contra su pobre secretario, quien, pacientemente, aguantó toda la lluvia de insultos que le dirigió.

—¡Ya estoy harto de usted! Quiera usted despedido. ¡Márchese! — concluyó.

—¡Está bien! — dijo el secretario.

Pero a Pablo no le convencían estas medidas, puesto que en nada solucionaban la situación en que quedaron sin amigos, y así se lo dijo a Montini:

—Esto no arregla nada. Mis amigos han regresado ya a Pamplona.

—Lo siento mucho — dijo Montini,

como lamentándolo—. Pero también su entrevista de anoche con la señorita Patti era muy interesante.

Y, sacando unos papeles de una cartera que tenía sobre la mesa, se los muestra diciéndole:

—Los contratos ya están preparados.

Pero Pablo no se consolaba y se lamentaba diciendo:

—Usted no puede comprender lo que eso significa para mí. ¡Esa muchacha que ha hecho sólo el viaje por acompañarme, y a quien he hecho venir en balde!

—No ha sido culpa mía—se excusaba Montini.

—¡Claro!—diera Pablo, como recriminándole—, usted nunca tiene culpa!

Y, pensando sólo en reparar la falta que, a pesar suyo, había cometido, dijo:

—Tengo que salir inmediatamente para Pamplona y dar toda clase de explicaciones a mis amigos por lo mal que con ellos me he portado. Hasta la vista, Montini.

—¡Qué lastima!—exclamó la voz dulce y melódica de Adelina, que, entrando en el despacho, pudo oír las últimas palabras de Pablo.

Iba vestida de traje de calle, pero elegantísima, lo que realzaba aún más su belleza natural, y, acercándose a Pablo, con una de sus más amables e irresistibles sonrisas, le dijo:

—Había pensado visitar Madrid con usted. Me prometió que me acompañaría.

—Lo lamento muchísimo... pero—contestó Pablo con gran sentimiento, luchando entre el deber de caballero y la atracción que sentía por la Patti.

—¿Pero?—le preguntó Adelina, acercándose y mirando a Pablo con mirada insinuante y prometedora.

—Pero antes tengo que ir al hotel para escribir unas líneas a Pamplona—terminó la frase Pablo, rendido ante la belleza y la mirada de Adelina.

A Montini, que, lleno de interés, seguía el diálogo sostenido por ambos artistas, se le alegró el semblante al ver la decisión de Pablo, que confirmaba por completo sus proyectos.

Fernando, el secretario, que momentos antes había salido del despacho despedido por Montini, volvió a entrar llevando en la mano unas tarjetas de pasajes marítimos y, dirigiéndose a su jefe, le dijo:

—Los pasajes para embarcar en Cádiz.

—Es la primera vez—le dijo Montini—que ha comprendido usted lo que yo quería. Queda usted admitido de nuevo.

* * *

Por el muelle de Cádiz pasaban Montini y Pablo. Este no puede ocultar su impaciencia y dice:

—Ya tarda la señorita Patti.

—Está usted muy nervioso, Pablo: este no es un viaje de novios.

Pablo, molesto por la intrusión inoportuna de Montini, le contesta:

—¿Cuándo va usted a aprender a no ser indiscreto!...

—Si lo fuera, no haría tan buenos contratos.

—No comprendo dónde puede estar—dice Pablo, pensando sólo en Adelina.

—¿Ve usted cómo está nerviosa?... Que va usted camino de enamorarse: señor Sarasate... Para Adelina, su viaje con usted es una promesa segura de éxito y nada más... Es un viaje comercial, únicamente comercial... No lo olvide—insiste Montini, a quien no conviene para sus planes que los amores de Pablo y Adelina lleguen a formalizarse.

—Lo entiendo muy bien, señor Montini. A usted sólo le interesaba que yo tomara parte en la *tournee*. Ya lo ha conseguido. He firmado ya el contrato y ahora me previene usted contra ella.

De pronto, el rostro de Pablo cambia de expresión. Su cara se ilumina de alegría por haber divisado a Adelina, quien, seguida de Marión, llegaba a su encuentro. Adelina, que viste un precioso modelo, saluda amablemente a Pablo:

—Señor Sarasate—le dice—, buenos días. ¿Por qué no vino anoche al Conculado?... Le eché de menos.

—Muy amable — agradece Pablo.

—Date prisa, Marión — le indica Adelina—, ocúpate de mi equipaje.

Y dirigiéndose a Pablo continúa:

—Tengo una ilusión grandísima por hacer este viaje juntos.

—Señores, es hora ya—informa un oficial del barco, que les ha de conducir a América—. Tienen que subir a bordo.

Adelina y Pablo se despiden de Montini y suben.

Montini, satisfecho por el éxito logrado al verlos partir juntos, exclama:

—¡Adiós! Les deseo mucho éxito en América.

Y el transatlántico sale del puerto

para surcar el océano, conduciendo a bordo a los dos grandes artistas que habían de llevar a América su portentoso arte.

* * *

En el Conservatorio de Pamplona, María Luisa, don Blas y Felipe comentan las noticias recibidas de Sarasate. María Luisa con alegría por poder disculpar satisfactoriamente la falta de formalidad de Pablo, dice:

—No fué culpa suya, no le informaron de que le esperábamos en el hotel. Ahora, en mucho tiempo, ya no le veremos. Emprende una *tournee* por América.

—Hace bien. En este viaje ganará mucho dinero—dice Felipe.

—Es lo único interesante para ti, el dinero...—reconvino don Blas.

—No me conformaré nunca con que otros ensaigan más que yo... Desde que Sarasate vino aquí, tengo más prisa por subir...—contestó envidioso Felipe.

—Ten cuidado no te vayas a dejar caer—sentenció don Blas.

* * *

En Nueva York, poco tiempo después se encontraban el celebre violinista y la Patti, los cuales habían sido objeto de las propagandas más originales.

En una de las mejores mecenarias, Adelina cantaba un aria.

Al terminar escucha los aplausos del público, entre los que se encuentran miss Sullivan, admiradora de Sarasate desde el día anterior.

Tal impresión ha hecho en ella el

artista, que, desde el teatro piensa ir al hotel donde aquél se hospeda y tener con él una entrevista.

En el hall del mismo ya encuentra dificultades, pues el conserje le dice:

—Imposible, el señor Sarasate no está en su habitación.

—Yo soy una excepción.

—No insista...

—Tenga cinco dólares y acompañeme a la habitación del señor Sarasate.

—Pues verá la habitación vacía, porque se encuentra en el teatro.

—No importa, le esperaré.

Y, uniendo la acción a la palabra, sube, abre la puerta y entra en la habitación, sentándose.

...

Los artistas, mientras tanto, en sus camarines, están solicitadísimo. Un señor, dirigiéndose a Adelina, le suplica:

—¿Su autógrafo, por favor!

Marión contesta por su señora:

—Aquí los tiene usted ya preparados.

Otro expone:

—Mi firma le ofrece usted diez mil dólares si asegura que el jabón "Venis" es el mejor del mundo.

Marión se altera.

—¿Qué dice usted de diez mil dólares?

—Quiero decir... veinte mil.

...

Al otro lado de la pared, se escucha una conversación semejante. La voz de Pablo dice:

—Sus navajas no afeitan. Sus aales

no perfuman el baño, y no concederé autógrafos a cambio de propaganda.

Una señorita le interrumpe:

—Por lo menos unas líneas para nuestra revista femenina.

Y otra señorita añade:

—¿Qué mujeres prefiere usted, rubias, morenas o castañas?

—Me gustan las mujeres... silenciosas.

—¿Cuántos violines estropea usted en un año?

—Depende de las preguntas que me hagan.

—¿Qué opinión tiene usted de América—interroga un repórter.

A lo que Pablo guasadamente añade:

—Que es muy grande.

Una señorita elegantísima le dice:

—¿Compone usted o es sólo ejecutante?

—Únicamente piezas para violín.

—¿Por qué no compone una para mi padre? Es uno de los accionistas más poderosos de la Opera Metropolitana... ¡Ánimese.

—Una ópera es una cosa muy complicada.

—No se preocupe. ¿Cuánto dinero necesita para escribirla en una semana?

—No hay cifra que me haga cometer tal insensatez.

—Es lástima, porque la harían estrenar en seguida, y quedaría como la protectora de Sarasate.

Los visitantes van marchándose, y Marión dice a su señora:

—¿Qué pesados! No podía suponer tanto entusiasmo en estas latitudes.

Adelina, muy cansada, responde:

—Estoy fatigada de tantas salidas a escena... Dame una ropa de algo.

—En seguida, señorita—y al oír llamar a la puerta, exclama:

—¡Mán game todavía!

Es Pablo que, entrando, dice:

—No me explico cómo vamos a poder soportar esto durante dos meses.

—¿El qué?—interroga Adelina.

—Esta vida de agitación, tantas invitaciones, tantos banquetes.

—Pues prepárese, porque debe recordar que esta noche estamos invitados en casa de los Vanderbilts.

—No pienso ir. Estoy muy cansado y volveré a mi hotel.

Marión les interrumpe para decir, admirada, con un estuche en las manos:

—¡Señorita!... ¡Mire!

—¿Dónde lo has encontrado?

—Estaba en las flores del señor Vanderbilt.

Adelina se dirige a Pablo:

—Comprenderá que ahora con más motivo tenemos que asistir a la invitación de Vanderbilt.

—No lo tome a mal, pero insisto en que no voy.

—No comprendo su actitud, es un deber social que debemos cumplir. ¡Venga usted!

—Le siento... y confío en que me disculpará ante el señor Vanderbilt. ¡Buenas noches!

Una vez sola, Marión encuentra una carta y, dirigiéndose a su señora, le dice:

—Señorita, ¿y esto? Lea: el señor Vanderbilt pasa la factura.

Adelina, riéndose, lee:

"En los ferrocarriles de Vanderbilt se viaja cómoda y confortablemente. En sus coches se podría ir al fin del mundo. Adelina Patti."

Ante lo cual, la Patti comenta:

—Pablo tenía razón. En vista de esto, firmaré y no asistiré a la fiesta.

* * *

Pablo, dando un paseo, se dirige a su hotel, en el que aún le esperaba miss Sullivan, quien al oír el ruido de la llave, apagó la luz. Pablo, en cuanto la vió, le dijo con asombro:

—¿Quién es usted?

—Todo menos un ladrón, no se asuste.

—No, si no me asusto.

—Escúcheme. Seré breve. Y no por no hacerle perder tiempo, sino por no perderlo yo.

—Escucho.

—Soy hija del Rey de Acero" y, si mi padre muere, pronto estará en posesión de trescientos millones de dólares.

—Buen porvenir...

—Mis tíos presiden los "trusts" de ferrocarriles y petróleo y no creo que sean eternos. Me dejarán otro tanto.

—¿Y cree usted que a mí me va a interesar que sea multimillonaria y que entierre a toda su familia?

—Frank Morris, el hijo del banquero Morris, se me ha declarado; la Banca Morris garantiza unos quinientos millones.

—¿Y también lo va usted a matar?

—De usted depende. Además de él, tengo cuantos pretendientes quiero, todos supeditados a mi voluntad, que esperan una mirada mía.

—Es comprensible...

—¿Comprensible?... Me alegro mucho que adelante usted su opinión, puesto que yo estoy dispuesta a dejar a todos por usted.

—¿Por mí?

—Sí, por usted. Deseo ser suya.

—¿Qué?

—Lo tengo todo preparado. He heredado de mi tía un espléndido hotel en Palm Beach, que he elegido para nuestro nido. Pero no ponga esa cara, porque si usted se empeña, le acompañaré a Europa.

—¿Adónde va usted a parar?

—Quiero estar a su lado. Su arte me ha cautivado, de una manera irresistible y presiento que nuestros destinos van a ir unidos...

* * *

Mientras miss Sullivan hablaba con Pablo, Adelina, que había llegado ya al hotel, decía a Marión:

—Sería mejor que hicieses el equipaje esta noche, el tren sale mañana muy temprano.

—En seguida, señorita; voy primero a bañar a "Pompón", para que vaya guapo en el viaje.

Y, al oír que llamaban a la puerta, añadió:

—¿Quién pueda ser a estas horas?

—De fijo que es Pablo. Querrá darme excusas por su intransigencia de antes. ¡Adelante!

La que llamaba era una doncella que entregó una carta, diciendo:

—¡Una carta urgente!

Y Adelina, cogiéndola:

—Muchas gracias. Es de Montini.

* * *

Miss Sullivan, en el cuarto de Pablo, continuaba:

—Se armará un gran escándalo, pero

yo vivo en el escándalo como el pez en el agua...

—¿Y quiero arrastrarme a ese naufragio?

—¿Lo toma usted a broma?

—¿Cómo quiero que lo tome? Sus palabras me llenan de vanidad. No sabe cuánto siento no estar enamorado de usted... Comprendo que sería una gran ocasión... para enamorarme.

—Comprendo, tiene usted que mi padre me desherede.

—¿Qué cosas dice!

—O que mis tías no se mueran jamás.

—Por mí, que vivan doscientos años.

—¿Me quiere usted tan mal?

—¡Si me resulta muy simpática!

—Basta de galanterías. No quiere nada conmigo. Me desprecia y no es por qué es... Lo he adivinado... Usted está casado con Adelina Patti. Y ocultan ustedes su matrimonio, por razones de propaganda.

—Puesto que es usted tan inteligente, yo no puedo callar. Tiene usted razón...

* * *

Marión decía a su señora, en el cuarto contiguo, a propósito de la carta de Montini:

—¡Ojalá diga que regresemos pronto a Europa!

—Al contrario. Me envía un contrato para La Habana... Llévame la carta a Pablo. Montini espera una respuesta inmediata. O no, tú sigue con las maletas, que yo misma se la daré.

Miss Sullivan, poniendo una mano en el hombro de Pablo, le decía en el momento que Adelina abría la puerta, volviendo a cerrar precipitadamente:

—Espero de su caballerosidad que olvidará esta conversación. Las mujeres americanas somos tan audaces en las ofensivas como cautas en las retiradas. Es nuestro secreto de guerra en el amor.

Estas últimas palabras son oídas por Adelina, que regresa seguidamente a su habitación, mientras Pablo, despidiéndose de miss Sullivan, le respondía:

—Y les sale bien cuando dan con un español. Pueden contar con su discreción. ¿Me permite que la acompañe hasta su casa?

* * *

María Luisa, en Pamplona, no olvidaba a Pablo, y aun menos su loca ilusión por acompañarle de éxito en éxito. A la sazón, se dedicaba a dar lecciones de piano. La alumna que tiene en estos momentos es una monísima niña de once años de edad y que, sentada frente al piano, toca una piececita de estudio. Cuando termina de tocar, María Luisa le dice:

—Bueno, Juanita, lo has hecho muy bien. Hasta el jueves; me tienes muy contenta de tus adelantos.

La niña, al despedirse de su maestra, hace una pequeña y graciosa reverencia.

María Luisa se asoma a la ventana y ve al cartero que se dirige a la puerta del Conservatorio donde ella está y, al mismo tiempo, a su prometido Felipe, que llega también en aquel momento. En la misma puerta se encuentran Felipe y el cartero. Este, sacando una carta de su cartera, dice a Felipe:

—Buenos días, don Felipe. Una carta para la señorita María Luisa.

—Yo misma se la entregaré.

Felipe, desde que llegó Sarriena a Pamplona para dar el concierto en la catedral, acompañado al órgano por María Luisa, observó que ésta había variado en algo el interés y la solitud que con él demostraba antes. Ahora, a la vista de la carta para María Luisa que le entregó el cartero, acunefido por los celos, decidió ocultarla. Pero no contaba con que María Luisa, estuvo presenciando la escena desde la ventana, donde se había asomado al marchar su pequeña discípula.

Felipe entró en la habitación de María Luisa y, disimulando para ocultar su encuentro con el cartero, la saludó con toda naturalidad:

—¡Hola, María Luisa! Ya veo has terminado de dar la lección a Juanita.

Pero María Luisa, impaciente por leer la carta, sin contestar al saludo de Felipe, le preguntó:

—¿Y la carta?

—¿Qué carta? —dijo Felipe, simulando ignorancia.

—Haz el favor de dármela, es de Pablo.

Felipe, no pudiendo ocultársela, no tuvo más remedio que ceder; pero aún le dijo:

—Deja su lectura para luego. Ahora necesito hablarlo. Desde que Pablo estuvo en Pamplona, eres otra. Nuestro cariño no es el mismo de antes.

—Te equivocas —protestó María Luisa—. Lo que siento por Pablo es muy diferente a nuestro amor. ¿Es que Pablo no es también tu amigo? Los dos deberíamos estar contentos de sus éxitos.

—Por mucho que le admire—contestó Felipe espolcado por los celos—no

consentiré que se interponga entre los dos.

—¿Entre los dos?—preguntó extrañada María Luisa—. ¿Entre tú y yo?

—Sí.

—Es otra cosa distinta—trató de explicar María Luisa—. Es como un afecto fraternal lo que experimento cuando pienso en él. — Y añadió definitivamente, para convencer a su novio— No tienes motivos para juzgarme mal...

Pero Felipe no atendía a razones y exponía las suyas a María Luisa, diciéndole:

—Yo pienso en esto con más claridad que tú. ¿Puedes decir por qué, si no existe ningún obstáculo, no has consentido aún en que nos casemos? ¿Es que esperas el parecer de Pablo?

María Luisa, con toda paciencia y sin perder la cordura, seguía tratando de convencerle...

—No es eso—le decía— Lo interpreto mal. Es mi vocación la única que me une a Pablo.

—¡Pablo!, ¡Pablo!, y en mí no piensas nunca.

—Sí, Felipe — contestaba aún con ternura María Luisa.

—No puedes disimularlo — seguía impresionándole Felipe—. La impaciencia con que esperas sus noticias lo dice bien claro... Ahora mismo estás deseando abrir esta carta. Abrela. Léela... No quiero estorbarle...

Y, con gesto de enfado, cogió su sombrero y, saliendo rápidamente de la habitación, dijo:

—Adiós, María Luisa!

María Luisa aún le llamó por retenerle:

—¡Felipe!, ¡Felipe!

Pero él no quiso escucharla y siguió su camino.

Don Blas, que estaba despachando a unas parroquianas, al ver salir tan repentinamente a Felipe sospechó que algo había pasado entre los novios, y miró alternativamente a Felipe, que desaparecía por la puerta de la calle y al Conservatorio, como queriendo adivinar lo que sucedía.

María Luisa, ante la escena tan violenta que tuvo con su prometido y desesperada al no ser comprendida, cayó en una crisis de llanto, llenándose los ojos de lágrimas. Entre lágrimas miró la carta y a su vista una sonrisa se mezcló con su llanto. Rasgó el sobre y, al leer lo que contenía, su sonrisa fué difuminándose hasta convertirse en una expresión de tristeza.

Don Blas entró para preguntar a María Luisa qué había sucedido y, al verla en tal estado de tristeza y postración, preguntó:

—¿Qué pasa?

María Luisa, volviendo los ojos hacia su profesor, exclamó:

—He perdido un hombre para quien yo era todo, por otro para el que no significo nada...

—¿Felipe?—indagó don Blas.

—Le pareció mal que yo recibiera carta de Pablo.

—Nubes de verano... Ya se arrepentirá—dijo don Blas y, asediado por la curiosidad de lo que decía la carta, preguntó a María Luisa:

—¿Qué dice Pablo?

—Trabaja mucho.

—¿Dónde está ahora?

—Escuche...

Y María Luisa leyó:

"Estaremos el 10 de marzo en Chicago, el 18 de marzo estaremos en Nueva Orleans..."

Y, dejando de leer, preguntó a don Blas:

—¿Por qué dice siempre "estaremos"?

—De fijo que se refiere a él y a su empresario.

"Y el 25 de marzo — siguió leyendo. María Luisa — estaremos en La Habana."

• • •

En La Habana se encontraban, siguiendo su *tournee*, Adelina y Pablo.

En una terraza en la que por su vegetación y adornos se respira ambiente exótico, un público elegante, vestido de blanco, a la usanza del país, baila al compás de una orquestina.

Adelina está sentada en una cómoda butaca y escucha la música.

Pablo, que avanza entre los que bailan y es objeto de insistentes miradas, divisa a Adelina y se dirige hacia ella.

Al saludarla, le dice:

—Adelina, hace días que deseo hablar con usted...

—¿Para qué? — pregunta displicente la Patti, que, desde el desengaño que se llevó al abrir la puerta de la habitación que ocupaba Pablo en Nueva York, sorprendiéndole en íntimo diálogo con la extravagante miss Sullivan, procuraba rehuir los encuentros con su compañero de conciertos.

—Desde su salida de Nueva York — sigue diciendo Pablo —, procura usted no quedarse sola conmigo. ¿Qué tiene? El que yo no fuere a la fiesta de Vanderbilt no me parece motivo suficiente.

—¿Quizás — insinúa Adelina.

—Aquella noche — dice Pablo —, no quise enfadarla. Estaba, de verdad, muy cansado.

—¿Fue esa verdaderamente la causa? ¿No sería que le esperaba alguien aquella noche? — pregunta Adelina, descubriendo sus resentimientos con Pablo.

—¿Temías algo? ¿Entonces es que me quieres? — exclama Pablo lleno de felicidad.

Y, para calmar por completo las dudas de Adelina, le refiere la escena tan extravagante que sostuvo con la excéntrica americana.

Viendo que Adelina se convence de las razones por él aducidas, Pablo, mirándola embelesado, le propone:

—¿Quieres que demos por terminada nuestra *tournee*?

—¿Terminar nuestra *tournee*? — pregunta extrañada la Patti.

Y Pablo, poniendo en sus palabras toda el entusiasmo que el recuerdo de su patria lejana le comunicaba, sigue:

—Volvamos a España. Te enseñaré sus tierras maravillosas. No hay mejor escenario para el arte, ni para el amor.

Y, almas de artistas, al fin, señaron en el viaje romántico que les deparaba su querida España, sin pensar en los contratos ni en el gesto feroz que pondría Montini al enterarse de la "travesura" de tan grandes artistas.

Regresaron a España y ante los ojos de Adelina, Pablo iba descubriendo su patria, que ella, aunque nacida en España, desconocía, por haber salido desde muy niña de allí. Adelina admiraba, embelesada, la variedad paisajista que ofrece esta tierra maravillosa, y Pablo, lleno de orgullo, se sentía feliz estando de nuevo en su patria, tan amada, y con Adelina, que contribuyó al amor de toda su vida.

• • •

En el palacio de las Tullerías de París, la corte del emperador Napoleón III está reunida en el Salón de Música, decorado espléndidamente con el más puro estilo Imperio. Entre los personajes de la Corte, se encuentra también la emperatriz Eugenia, la dama granadina Eugenia de Montijo, que, por su matrimonio con Napoleón, llegó al solio de Francia.

También se encuentran, entre otros, el Marqués de Caux, que goza de gran predicamento en la Corte, y la Princesa de Metternich que, sentada al piano y en obsequio a la nacionalidad española de la Emperatriz, toca una composición de Sarasate.

Cuando termina de tocar con el beneplácito de todos, la Emperatriz pregunta a Paulina Metternich:

—¿Qué habéis interpretado, Princesa?

—La "Habenera", de Sarasate.

—¡Ah, sí! Sarasate... el famoso violinista español.

Napoleón interviene, preguntando:

—¿Violinista y compone piezas para piano?

—Precisamente ésta está compuesta para piano y viola—explica Paulina de Metternich.

Y Napoleón, queriendo interpretar los deseos de su augusta esposa, insinúa:

—Sería muy interesante escucharle. ¿No os parece, señora?

—Especialmente me daríais una gran satisfacción. Invitémosle al próximo concierto de la Corte. ¿Dónde se encuentra?—inquiere la Emperatriz.

Paulina de Metternich soluciona la cuestión, diciendo:

—No os preocupéis, señora... Esto lo

resolverá el Marqués de Caux. Para él, los escenarios de los teatros no tienen secretos...

La Emperatriz requiere la presencia de Caux.

—Majestad...—dice el Marqués, levantándose de su asiento y acercándose a la Emperatriz.

—Me interesaba saber—dice ésta—dónde podréis encontrar a Sarasate.

—Se encuentra en América, realizando una *tournee* con Adelina Patti—contesta el Marqués, dando muestras de estar al tanto de cuanto sucedía por los escenarios.

—¿No os lo dije, Majestad?—interviene Paulina—. Él lo sabe todo...

—Lo encargo, Mariscal—dice la Emperatriz al Marqués—, que invite a Sarasate a tomar parte en nuestro concierto.

—Como gustéis, Majestad—contesta el Marqués—. Pero sería interesante invitar también a Adelina Patti.

—Es una idea felicísima—dice Napoleón.

Y el Marqués de Caux, para cumplir la orden de Su Majestad, comenzó las indagaciones necesarias para hallar el paradero de los dos artistas, que, a lo mismo que todo el mundo, ignoraba que se encontraran recorriendo España en viaje romántico.

Pero el Marqués era hombre de grandes recursos y, enterado de que el empresario que contrató a Adelina y Pablo en su última *tournee* por América era Montini, se puso en contacto con él y le preguntó:

—¿Me quiere convencer de que, siendo un empresario, ignora dónde se ocultan?

—Así es. Terminaron sus compromi-

ses en América, se negaron a contratar otros y, desde entonces, se los ha tragado la tierra.

—Sus Majestades — agrega el Marqués, como razón suprema — han manifestado el deseo de oír a los dos artistas. Usted sabe lo que eso quiere decir.

—Sí, Excelencia — dijo Montini —; pero yo no puedo hacer milagros.

—Está bien — consultó el Marqués, viendo que nada podía sacar en claro de Montini —. Tomaré mis medidas y los encontraré.

El Marqués se dirigió a la Policía de París y se enteró de que los dos artistas embarcaban en un transatlántico con rumbo a Europa y, según las últimas pesquisas, viajaban por España, saltando de ciudad en ciudad...

En vista de estas noticias, el Marqués se puso en contacto con el Embajador de Francia en Madrid para que, sin pérdida de tiempo, pusiera los medios para dar con el paradero de los artistas.

* * *

Adelina y Pablo, ajenos a todo lo que en el mundo sucedía, y no pudiendo suponer que nada menos que la Policía de Francia y el Cuerpo diplomático se habían movilizado por culpa de ellos, seguían cada vez más encantados y más encantados con el viaje que estaban realizando. En sus correrías por España, llegaron a Valencia y, en un restaurante de la capital levantina, se dispusieron a reparar sus fuerzas con un refrigerio. Quiso la casualidad que Felipe, el prometido de Ma-

ría Luisa, se encontrase en la misma población en viaje de negocios y fuera a parar al mismo restaurante.

Felipe, pagada su nota al camarero, se levantó de su asiento y, al ir a salir, observó con asombro que Pablo y Adelina ocupaban una mesa.

Se acercó a ellos, y Pablo, con la alegría que manifestaba siempre que se encontraba con un paisano, exclamó:

—¡Felipe!

—¿Pero estás en Valencia? — preguntó éste.

—Desde hace unos días — contestó Pablo —. Pero, el mes que viene, el 7 de julio, estaré en Pamplona, con varios otros...

—Eso esperamos — dijo Pati.

—¿Quieres quedarte un momento con nosotros?

—No — contestó Felipe —. Tengo mucha prisa. Tengo aún una entrevista importante. Vengo comisionado por mi jefe. Por fin, me he metido en unos negocios, ¿verdad?, y tengo muy pocos minutos...

—¿Y María Luisa, y don Blas? — inquirió Pablo.

—Bien, perfectamente — contestó Felipe —. Perdóname que no pueda seguir... Estoy de cabeza... Casi tan solicitado como tú... ¡Adiós!

Y marchó, despidiéndose de ellos.

—Estabas tan seguro de que aquí nadie nos conocería... — dijo Adelina.

—Es un amigo mío de Pamplona. Una incidencia absurda. Pero puedes estar segura de que no se repetirá.

Pero, por lo visto, Pablo no tenía nada de adivino, estando tan seguro de que nadie más había de molestarles, pues ignoraba que el embajador de

Francia en España no descansaba y que sus pesquisas se realizaban con éxito.

Confiados los dos artistas, subieron a su habitación, y Pablo, por la fuerza de la costumbre, cogió el violín y comenzó a tocar su célebre "Zapateado".

• • •

Las mesas del restaurante habían quedado vacías. En una de ellas estaba el dueño, dormitando. Un carruaje llegó a toda prisa, del que descendió Maurice, a quien el embajador de Francia había encargado la misión de encontrar a Adelina y Sarasate.

Entrando en el restaurante y acercándose al dueño, que se despertó al ruido del carruaje, le preguntó:

—Dígame, ¿se hospedan aquí dos artistas, la cantante Adelina Patti y el violinista Pablo Sarasate?

El dueño, que no tiene registrados en su libro de entrada dichos nombres por que ellos tenían buen cuidado en ocultarlos, respondió:

—No me suenan esos nombres...

—Están aquí de incógnito.

—¿Que yo sepa!...—contestó el dueño.

Pero Maurice oyó el violín que tocaba Sarasate y prestando atención, dijo:

—Un momento... ¡Silencio!... ¿Qué música es esa?...

Y, creyendo reconocer, por la maestría con que estaba ejecutada la pieza, que no podía ser más que Sarasate quien tocaba el instrumento, exclamó:

—¡Ya los tenemos!

—¿A quiénes?—preguntó el dueño.

—A ellos...

Y, sin más explicaciones, subió la escalera que comunicaba con las habitaciones del hotel, seguido del dueño, que no comprendía nada.

Quando, guiados por la música, llegaron a la habitación de donde esta salía, llamaron a la puerta y, desde dentro, Pablo, que dejó caer el violín, contestó:

—Adelante.

Maurice, entrando, dijo:

—Permítanme que me presente. Soy Maurice Dubois, agregado a la Embajada de Francia en España.

—Mucho gusto, señor—contestó Pablo.

—Traigo una misión especial que cumplir con el mejor deseo, por tratarse de artistas a los que tanto admiro...

—Usted dirá...—dijo Adelina.

—Sus Majestades los Emperadores de Francia, les invitan a dar un concierto en su presencia...

—Es un gran honor—dijo Pablo—que no veo la posibilidad de aceptar.

Pero Adelina, que ya sentía la necesidad de los aplausos, intervino diciendo:

—Sin embargo, Pablo, creo que podríamos buscar una solución. Piensa que la Emperatriz de Francia es compatriota tuya...

—Precisamente se trata de un deseo vivísimo de Su Majestad la Emperatriz Eugenia—agregó Maurice.

—Tenga la bondad—dijo Adelina—de poner en conocimiento de Sus Majestades, que con la mayor complacencia daremos el concierto en la Corte.

• • •

De este modo y venciendo los escrúpulos que Sarasate pudiera tener para dar por terminado su delicioso viaje de incógnito, Adelina, con la contestación tajante que dió al agregado de la Embajada francesa en España, resolvió el problema, y los dos artistas se presentaron en la fastuosa Corte de Francia.

El Salón Grande de las Tullerías brillaba con sus galas de las grandes fiestas. Toda la Corte, luciendo las damas espléndidas *toilettes* y los hombres vestidos con flamantes uniformes, había acudido a la egregia invitación, segura de pasar una velada de arte inaberrable, puesta que la fama que en París gozaba Sarasate era tan grande como merecida.

Adelina, majestuosa de elegancia y de belleza, luciendo en toda su fragancia sus excepcionales dotes, se presentó radiante en el escenario del gran salón. Un murmullo acogió su presencia, y con su peculiar estilo dejó sentir las dulcísimas notas de su privilegiada garganta, entonando un aria. La emperatriz Eugenia y Napoleón escuchaban con atención a tan gran artista, y el Marqués de Caux, apoyado en una columna, miraba embobado, no sabiendo qué admirar más: si los deliciosos trinos de la gran cantante o la belleza de Adelina Patti.

Detrás de la escena, en el pasillo, Pablo y Marión escuchaban con gran interés.

Adelina, al terminar el aria, hizo una reverencia, mientras una salva de aplausos premiaba su arte.

Después de recibir el homenaje de tan selecta concurrencia, Adelina bajó al salón de música, en donde se apresuró

a recibirla el Marqués de Caux, que, emocionado ante la presencia de la Patti, le dijo con toda sinceridad:

—Ha cantado usted maravillosamente.

Adelina, gratamente impresionada al ver toda la habitación atornada con sus flores predilectas, queda asombrada y dice al Marqués:

—Sois adivino, Marqués. Vuestras flores son mis predilectas...

—Si yo adivinase todas vuestras predilecciones —contestó galantemente el Marqués—, estar segura de que las complacería. He de comunicaros que habéis impresionado muy favorablemente al Emperador. Por mi parte, confieso que nunca he sentido tanta admiración por una artista, ni por la belleza de una mujer...

—Sois muy gentil, Marqués —agradeció Adelina.

—Vuestra voz me ha cautivado y mi único placer sería escucharos siempre...

—No os impacientéis... Aun he de permanecer algunos días en París.

En este momento, en la escena comienza un concierto de violín Pablo de Sarasate, acompañado de la orquesta.

Adelina, escuchando las notas inconfundibles, dijo al Marqués:

—¿No va usted a escuchar a Sarasate?

—Quiero seguir conservando el eco de su voz.

—¡Exagera usted, Marqués!

—Nada de eso... A mi lado, olvido todo lo que no sea usted.

—Vámonos —dijo Adelina, viendo que iba creciendo el entusiasmo del

Marqués— el concierto está terminando.

Y entraron en el Salón Grande, donde el Marqués presentó la Patti a los Emperadores. Napoleón, entregándole un estuche, dijo a Adelina:

—En recuerdo de este concierto, del que guardaré grata memoria.

Adelina agradeció el obsequio con una reverencia.

Sarasate, al terminar su concierto, llegó asimismo ante Sus Majestades, y la emperatriz Eugenia le puso una condecoración en la solapa de su frasco, y, tendiéndole la mano, añadió:

Nada podía complacerme tanto como prender esta condecoración en el pecho de un español, orgullo de su patria...

Pablo se inclinó respetuosamente.

* * *

Entre tanto, en otro grupo de cortesanos, Paulina departía animadamente con el Marqués de Caux.

—Ha estado usted en desgracia—decía Paulina al Marqués—. Mis amigos y yo no le perdonamos que no haya venido a tomar el té a mi salón.

—¿No se tiene piedad para un hombre enamorado?—dijo el Marqués.

—Para un hombre enamorado, sí; para usted no.

—Amo a una mujer ideal y trato de dárselo a entender—siguió confesando el Marqués la eñbta pasión que por Adelina sentía.

—¿Desde cuándo?—preguntó Paulina.

—Desde hace mucho tiempo... desde esta tarde...

—No pueda creerlo—contestó Paulina—. ¿Y no es habérselo cansado ya?... ¿Quién es ella?...

—...De lo diré otro día—concedió el Marqués.

Poco después, la orquesta, previo la señal que el maestro de ceremonias hizo con su bastón, inició los compases de una polonesa, y principió el baile.

El Emperador se inclinó ante la Princesa de Metternich, invitándola a bailar. El Marqués de Caux invitó a la Emperatriz, y Adelina bailó con Pablo.

Entró en el salón el Conde de Tilcor, de Budapest, quien sostuvo una animada conversación con Metternich. Presentado Pablo al Conde de Tilcor, éste le dijo:

—Es indispensable que venga usted a Budapest a dar un concierto.

—¿Con mucho gusto?—contestó Pablo.

—Estoy seguro de que allí será tal entusiasmo, que le harán pedirnos...

—Entonces, tendré que meditarlo—dijo Pablo, riendo la frase tan gráfica del Conde.

El Conde vió en el salón al poeta Próspero de Merimée y al compositor Aubert, a quienes presentó a Pablo.

Aubert le dijo a éste:

—He llegado a ver un gran artista, Pablo.

—Tales palabras—agradeció Sarasate—, pronunciadas por usted, me llenan de orgullo.

—Recuerdo muy a menudo su hermosa patria; me encanta España—dijo a Pablo, Próspero de Merimée.

—He leído su libro "Carmen"—dijo Pablo.

—¿Le ha gustado? —preguntó con interés el poeta.

—Lo encuentro excesivamente fantástico —contestó valientemente Pablo.

—¿Por qué? —indagó Merimée.

—Según su obra —explicó Pablo—, en España priven las gitanas, los bandidos y las cascabeles...

—Se pide tanta acaloridad, que se echa a perder el arte —trató de excusarse Merimée ante la acerba crítica de Pablo.

—Y usted se ha vengado con mi país... dijo éste.

—¿Temen acaso que los viajeros se consideren defraudados al no encontrar todo lo que yo describo? De todas formas, Sarasate, espero contribuir a que su patria interese a todos.

—Eso está logrado, sin duda —contestó Sarasate.

Paulina de Metternich, que se interesaba por la amistad de Adelina, dijo al Marqués:

—Me llevo a la señorita Patti. Las mujeres tenemos siempre que conspirar juntas.

—Las mujeres tienen que hablar siempre de sus debilidades.

—Lo que a nosotras nos falta de debilidad les falta a los hombres de virtud... —contestó la Princesa con una encantadora sonrisa.

Y, colgándose del brazo de Adelina, salió con ella del salón, llevándose a la balaustrada de la terraza.

Merimée, despidiéndose de Pablo, le dijo, tendiéndole la mano:

—Y conste, Sarasate, que no tome a mal su amarga crítica.

Pablo, con el furor que ponía siempre al hablar de su patria, dijo:

—España, mi querido novelista, es

un país extraordinario y tan diverso, que no es posible referirlo en un libro.

* * *

Adelina y Paulina, sentadas cómodamente en unos sillones, departían animadamente. Paulina decía:

—Ha realizado usted un verdadero milagro, Adelina.

—¿Yo? —preguntaba con toda inocencia la Patti.

—El hombre más importante de Francia, el más galante, el más poderoso, está a sus pies.

—¿Y cómo puedo evitarlo? —preguntaba ingenuamente Adelina.

—¿Cree realmente que debe evitarlo? Las mujeres victorinas son las que obtenemos las mujeres sin luchar. No hay mujer en Francia que no estuviere orgullosa de no resistir al Marqués de Caux, en el supuesto de que esto fuese posible...

Un señor se acerca, invitando a bailar a Paulina. Adelina queda sola y Pablo llegó hasta ella.

—Debes descanisar —le dice—, con cerca de las cuatro...

—Eso es decirme que nos marchamos, ¿verdad? —pregunta Adelina.

Pablo, espoleado por los celos que la asiduidad del Marqués con Adelina habían provocado, dice:

—Sí. No quiero verte más en brazos de ese hombre.

—El Marqués de Caux —contesta Adelina— es tan sólo un admirador de mi voz. Y por cierto de los más amables.

En este preciso momento llega el Marqués, invitando a bailar a Adelina.

—¿Me concede este baile? —le dice.

—Pensaba retirarme en estos momentos—contesta Adelina.

—Es el último vala... —Insiste el Marqués.

—Pero de veras el último—accede Adelina, y se levanta, marchándose con el Marqués.

Pablo les siguió con una mirada de tristeza.

* * *

Mientras el Marqués y Adelina bailaban, sosteníase esta conversación:

—Puesto que va a quedarse en París unos días, no me niegue lo que voy a pedirle.

—¿Es mucho?—inquire Adelina.

—Que asista a la fiesta que preparo en mi casa, en honor suyo... Y espero sería esta tarde en el té que Su Majestad ofrece a las personas de su confianza.

—Encantada — contesta Adelina, agradecida al honor que esta invitación representaba.

* * *

El Marqués de Caux, impresionado vivamente por la belleza y distinción de Adelina, no descansaba en obséquiarla por cuantos medios estaban a su alcance. Para sorprenderla agradablemente, encargó al famoso pintor Contuère un retrato de Adelina y, cuando estuvo terminado, mientras ambos admiraban la obra pictórica, De Caux dijo a Adelina:

—Este admirable retrato se exhibirá dentro de una semana en el Salón de París. Mi mayor felicidad sería que

ese cuadro llevase por título "Marquesa de Caux".

Adelina no contestó, pero, en su interior, agradeció infinitamente el que el Marqués de Caux, uno de los personajes más importantes de Francia, le rindiera el homenaje más grande que se puede ofrecer a una mujer, dándole su nombre.

* * *

Por el Bosque de Boulogne paseaban el famoso músico Auber y Pablo de Sarasate.

Cuando Auber notase en el semblante de Sarasate una sombra de tristeza, motivada por las relaciones de Adelina y el Marqués, quiso consolarle, diciéndole:

—No tomes las cosas tan en serio. La vida está llena de contrariedades, pero la Gloria, que tú ya conoces, todo lo compensa...

Se sentaron en un banco de un paseo, y un grupo de chicas que estaban sentadas en otro banco no muy distante, miró con interés a los dos hombres. Una de ellas dijo a las demás:

—¿Veis ese señor que lleva un "tupé" tan gracioso?

—Sí, ¿quién es?—solicitaron.

—Pues nada menos que el famoso músico Auber.

Éste, que oyó la conversación, dirigiéndose a Pablo le dijo:

—¿Has oído? Eso es la gloria...

Pablo, con una sonrisa y mirando maliciosamente a las chicas, comentó:

—Sí, pero si les preguntásemos a ellas qué es la gloria... nos dirían que ser jóvenes... ser bellas... y ser amadas.

* * *

En Pamplona, María Luisa y Felipe continuaban sin hablarse. Él buscaba la distracción en el trabajo, que le imponía frecuentes viajes. Ella, en la música, que la acercaba más al artista, por el que su admiración era cada día mayor.

De regreso de Valencia, Felipe fué al Conservatorio y, abriendo lentamente la puerta, contempló a María Luisa sentada al piano tocando.

—¡Felipe! ¿Tú? Sabía que volverías a mí.

—Y con una buena noticia, que ha venido a darme la razón y es que a Pablo no le interesas lo más mínimo.

—¿Es que te ha escrito?

—No, ¿le he visto!

—¿Dónde?

—En Valencia.

—¿Está en España y no ha escrito?

—Hay algo en su vida que le hace olvidarse de todo.

—¿Una mujer?

—Sí... Pablo es feliz. Ya no nos necesita.

—Es verdad —contestó con un acento de tristeza María Luisa—: ya no nos necesita.

* * *

Adelina y Pablo continuaban en París, con gran satisfacción de ella durante su estancia. Los encontramos en la habitación del hotel donde se hospedaban. Casi rodeada de centros de flores, Adelina, frente al espejo, se quita un imperdible de brillantes. Pablo, paseándose por la habitación, le dice:

—Hoy es nuestra última noche en París.

—¿Qué pena!

—¿Por qué?

—Me cautiva este ambiente, son todos tan amables, me agasajan tanto... tienen tantas atenciones... que nunca me he sentido más satisfecha.

—Yo lo estaría también si esta noche abandonases todas esas cosas que tanto te cautivan y cenásemos juntos, olvidando por una vez todo lo que te rodea... ¿me lo concedes?...

Llaman a la puerta.

—¡Adelante!

Entra Montini, quince, sacándose varios papeles del bolsillo, dice por saludo:

—El concierto en la Corte de Francia ha sido una gran propaganda. Todos los monarcas europeos desean aplaudirles. El itinerario está preparando. Algo insólito...

—El 3 de julio, concierto de gala en Bruselas. El 5, en Berna, con asistencia del Presidente. El 7, en Viena, ante el Emperador. Desde allí, Venecia, Roma, los Balcanes... ¿Qué dice usted, Sarante?...

—No le entiendo bien.

—Me interesa su opinión sobre los nuevos contratos... Diez conciertos en las cortes de Europa, entre ellos, uno ante un emperador...

—¿En qué fechas? —le pregunta Pablo.

—Eso precisamente le explicaba... El 7 de julio, en Viena, ante el Emperador.

—Imposible... Ese día es la fiesta de San Fermín, y he de tocar en la catedral...

—No lo dirá usted en serio.

—¿Duda usted de mi seriedad? Precisamente durante nuestra excursión por La Habana me prometiste acompañarme — dice, dirigiéndose a Adelina.

—Lo recuerdo perfectamente, pero sería un exagerado provincianismo abandonar el concierto de Viena por complacer a tus paísanos...

—Sea usted razonable, Sarasate — interviene Montini. — Nuestras previsiones se irían por los suelos...

—No le permita nuevas indicaciones... Soy dueña de mis actos... Puede retirarse...

Montini, tenaz, responde:

—No le comprendo.

—Que se vaya de esta habitación, no cedito quedarme solo.

—Perfectamente, le ruego me comuniquen su decisión lo antes posible...

Solas Adelina y Pablo, éste, dolido le explica a ella:

—No hay tal provincianismo... simplemente agradecimiento a un pueblo a quien le debo todo lo que soy...

—Me parece muy natural... pero te sobrarán ocasiones para demostrárselo. Cualquier pretexto te justificará...

—Es cuestión de honor... Y un navarro que da su palabra, cumple la promesa...

—No me convence. Son tópicos inadmisible. Representa nuestra consagración total... El mismo Marqués de Caux tiene puesto vivísimo interés en estos conciertos. No hay posibilidad de anular los contratos.

—Si el Marqués de Caux tiene interés en todo esto, razón de más, para que me parezca inadmisible...

—No hables así... El Marqués es la

figura más importante de Francia, después del Emperador. Une a su riqueza una sensibilidad exquisita y, además, ha demostrado por mí unas consideraciones que yo no puedo olvidar...

—No hables así, te lo suplico... A esas excesivas consideraciones postergas, por lo visto, nuestro cariño.

—Eres un intransigente... Complicas las cosas... De todas formas, tú haz lo que quieras, pero yo no renunciaré a los conciertos.

—Ten calma. Pienso en nuestra felicidad. Es algo superior a todas las glorias y esplendores de la Corte...

Vuelven a llamar a la puerta y Adelina contesta:

—¡Adelante!

Es Marión, que, entrando, le notifica:

—La espera abajo el coche del Marqués de Caux.

Pablo se acerca a la ventana y mira. Adelina se aproxima a él y le dice:

—No seas caprichosa. Te lo suplico... Acompañame a los conciertos.

—Imposible. Mañana salgo para Pamplona...

Adelina sale, y Pablo, volviendo a mirar por la ventana, ve cómo el Marqués, que está en el coche, después de besar su mano respetuosamente, ayuda a subir a Adelina, arrancando después el vehículo.

Al día siguiente, dos trenes se cruzan en distinta dirección; en uno viaja Pablo camino de su Pamplona; en el otro, Montini, quien, dirigiéndose a la Patí, se lamenta:

—Es incomprensible... Incomprensible... ¿Y está usted segura de que se marchó a España?

—A Pamplona. Puede más que nuestra felicidad...

...

En Pamplona, Pablo Sarasate, lejos de Adelfina, alternaba con sus paisanos, ya jugando a la pelota en un frontón, ya a las cartas o al billar.

En el Conservatorio, don Blas preguntaba a María Luisa:

—¿Aún no ha venido Pablo?

—No; pero estoy citada con él.

—Aquí tienes el correo... Esta carta debe ser muy importante...

—Entonces habrá que romperla.

—¿Estás loca?

Nada de eso, Pablo no quiere saber nada de lo que pasa en el mundo.

—¿Qué locura! ¿Y si es un contrato fabuloso?

—Mejor que mejor. Se han terminado los conciertos para Pablo. No quiere que le hablen de ellos.

—Cada vez que soy más viejo comprendo menos a los jóvenes... ¿Y el otro?... Felipe, mujer, ¿qué es de él?

—Todo se complica, don Blas. Quisiera que todo el mundo me comprendiese. Pablo está enfermo, deprimido, me necesita. Yo no puedo abandonarlo... Así se lo dice var a Felipe, pero no admite nada de eso... No ha vuelto.

Una parroquiana entra en la tienda, mientras don Blas contesta:

—No tienes que decirme nada. Estoy de acuerdo. Hasta luego...

María Luisa coge el correo y sale a la calle. La parroquiana, al verla salir, dice a don Blas:

—Don Blas, me parece que ésta ya se queda para vestir santos...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Me parece que Felipe no mira a la hija del notario con malos ojos...

—Déjame de eso! ¿Qué quieres?

—Tengo mucha prisa...

—Un kilo de jabón, fíjate...

Si Felipe no se ocupaba de María Luisa, no hacía lo mismo Pablo, que no perdía ocasión de estar con ella, pues era un romance para sus pasados y tormentosos amores.

Hacia mucha vida al aire libre; se encontraron remando en el Arga acompañado de María Luisa, que, sentada en el banquillo del bote, tiene en la falda las cartas que había recibido ese día Pablo.

—¿Qué cómodo es no saber nada de lo que pasa en el mundo!— exclama el artista.

—Será que no te interesa...

—Efectivamente, no me interesa nada... ¿Para qué leer estas cartas?—Las coge sin abrir y las rompe, y después sigue remando.

—¿Pero qué estás haciendo?

—Velar por mi tranquilidad.

Poco después les volvemos a encontrar entrando en la tienda-conservatorio de don Blas, quien está diciendo a un muchachito que tiene en sus manos un violín:

—Si en el examen de mañana tocas esta pieza, por mi parte tienes ganado el aprobado.

Quando ambos empiezan a tocar la jota de Sarasate, en la puerta, Pablo y María Luisa se detienen escuchando. Ella dice:

—Tu inspiración, Pablo, es lo eterno en ti; lo creador... Tu música nos hace olvidar...

Fuera bailan unos chiquillos y María Luisa vuelve a decir:

—Tu misión es hacer felices a las

multituden. Y al coto es así ¿cómo eres tú, la única excepción?

—Tienes razón, María Luisa, eres muy buena conmigo. ¿Por qué no quieres venir conmigo?

—Tú sabes que ese fue siempre mi mayor ilusión... Pero Felipe...

—Voy a hablar con él.

Y Pablo, ilusionado con las palabras que le dijo María Luisa y que volvieron a su alma la paz y el furor por su arte, y viendo en su condiscípula una insustituible acompañante de sus conciertos, decidió ir con ella para dejar zanjado con Felipe este asunto, tan importante para él.

Pero a Felipe María Luisa no le interesaba ya tanto como suponía Pablo. Hombre de ambiciones, puso sus ojos en la hija del notario con quien trabajaba y, al verse correspondida por ella, todo el amor que por María Luisa había sentido, desapareció como por encanto ante el porvenir que le ofrecía su nueva prometida.

Cuando Pablo y María Luisa llegaron a casa del notario preguntando por Felipe, un escribiente les dijo que no podían ver a don Felipe en aquel momento, por encontrarse con la señorita Esperanza, hija del señor notario.

Pablo decidió buscar a su amigo el mismo y, llegando al jardín, pudieron ver él y María Luisa cómo jugaba Felipe al críquet con una muchachita vestida de blanco.

Al ver llegar a sus amigos, Felipe, interrumpiendo el juego, dijo a Esperanza:

—¿Me permites un momento?...—y con la aquiescencia de ella salió al encuentro de los visitantes.

Pablo, cuando llegó junto a él Felipe, le dijo:

—Vengo a repetirte una petición que te hice hace un año.

—No recuerdo... contestó Felipe.

—Lo que antes era un deseo—continuó Pablo—hoy es una necesidad para mí. Deja que María Luisa me acompañe en mis conciertos. Me da ánimo para volver a ser quien era...

—Si María Luisa asiente—dijo Felipe non aise indiferente—, ya no puedo oponerme.

Y, requerido por Esperanza, a quien impacientaba la ausencia de su novio, volvió al juego despidiéndose con frialdad de Pablo y de María Luisa.

* * *

El Marqués de Caux, al ver libre a Adeline de la compañía de Pablo, redobló su asedia a la gran cantante, y ésta, rendida a tanta galantería y fervorosas promesas, accedió a lo que él le sugiriera un día frente al retrato que mandó hacer al gran pintor, La Patti, satisfecha por el honor que suponía, le concedió su mano, accediendo a ser la Marquesa de Caux.

Pero el Marqués había de dar cuenta a su emperador de la decisión que iba a adoptar y, en el mismo salón de música de las Tullerías, donde la belleza y el arte insuperable de la Patti rindieron al Marqués, allí sostuvo con Napoleón el inquietante diálogo:

—No comprendo, Marqués, por qué habéis presentado vuestra dimisión—inquirió el Emperador.

—Vuestra Majestad conoce muy bien el motivo. Voy a casarme con Adeline Patti.

—Ese no es motivo—dijo el Emperador—: la Patti puede ser una marquesa de Caux excepcional.

—Agradecemos a Vuestra Majestad su gentileza, pero la voz de Adelina Patti pertenece al mundo entero, y si he de estar a su lado he de viajar con ella.

* * *

Pablo, recuperando su espíritu por la fe y el entusiasmo de María Luisa, volvió a obtener los resonantes éxitos de antaño. Acompañado de su condiscípula, volvió a recorrer los teatros de Europa obteniendo cada vez mayores triunfos. En sus viajes, Pablo y María Luisa llegaron a Budapest, en cuyo principal escenario electrizaba al público con su arte. María Luisa había logrado realizar el sueño de su vida: acompañar a Pablo en sus conciertos, saborear el placer de la gloria.

En un palco se encuentra Tilcor, que aplaude frenéticamente cuando Pablo termina el concierto.

En el camarín de Pablo, momentos después, se encuentran el célebre violinista rodeado de varios señores que le felicitan efusivamente.

Tilcor, llegando el último, se abre paso entre los señores.

—Un momento, señores, quiero saludar a Sarasate...

—¡Ah! Conde Kaloman —dijo Sarasate— ¿ve usted cómo he cumplido mi promesa de venir a Budapest? ¿Cómo está su hermano?

—Muy bien, gracias, está en nuestra finca. Ha invitado a muchos amigos. Van a organizar una gran cacería.

—Salúdele en mi nombre.

—¡Gracias! ¿A dónde se dirige usted ahora?

—Regreso a España.

—Entonces podría usted retrasar qui-

zas su viaje un par de días. Venga usted conmigo a nuestra finca. Tanto mi hermano como nuestros invitados se alegrarían muchísimo.

Pablo, galante, se dirige a María Luisa, preguntándole:

—María Luisa, ¿te gustaría que fuésemos?

—Si tú quieres, yo, encantada.

La finca de Tilcor se encontraba emplazada en la región de la Puerta de Hungría. En un coche descubierta, llegan Pablo y María Luisa y Tilcor. Descendiendo del coche, entran en el vestíbulo de la casa, quitándose los abrigos.

Tilcor, dirigiéndose a Pablo y María Luisa y abriendo la puerta que comunica con el salón inmediato al vestíbulo, dice:

—Vengan ustedes, vamos a sorprenderlos.

En el salón están reunidos todos los invitados escuchando la voz de Adelina, que canta una canción.

Pablo, con los ojos muy abiertos avanza hacia el salón de donde sale la voz inolvidable de Adelina y, dirigiéndose a Tilcor, le dice:

—Debí usted haberme advertido de que estaba ella aquí.

—Yo mismo lo ignoraba—contesta, confuso, Tilcor.

Adelina termina de cantar y recibe las efusivas felicitaciones de los invitados que la rodean.

Todos, al ver entrar a Tilcor en tan agradable compañía, le felicitan por su buena idea y brindan por los recién llegados.

Pablo, al volver a ver a Adelina, nota que todo el amor que por ella sintió, invade de nuevo su corazón y, en

medio de todos los invitados que le agasajan, se encontraba ausente, teniendo fija su mirada solamente en Adeline. Lentamente como atraído por la belleza de la Patti, se acerca a ella. Quedan frente a frente mirándose y Adeline es la primera en romper el silencio:

—¿Qué alegría volver a verte!

—Adeline!... ¿Qué destino el nuestro!—dice Pablo con seriedad.

—Es inútil que nos oponamos a él —contesta Adeline sonriendo.

Maria Luisa llega junto a ellos y Adeline le dice:

—Habría sido hablar mucho de usted y felicitar a Pablo por tener una colaboradora tan excepcional.

—Creo que fué usted más excepcional que yo, no sólo en su arte, que admiro, sino en la vida de Pablo.

—¿Y quién le ha hecho más bien? —pregunta Adeline.

—¡Oh!, no puede dudarse... Seguramente usted. Usted le descubrió los caminos del éxito, y yo no hice más que seguirle por ellos.

—Es usted muy modesta, señorita —contesta Adeline— Creo que entre usted y yo, existió una misma finalidad.

La conversación se cortó por la llegada de los singers, que irrumpieron en el vestibulo, siendo recibidos con muestras de entusiasmo y alegría por todos los invitados.

Los músicos suben al tablado y tocan sus típicas y románticas *czardas* mientras las bailarinas, al compás de la música, cimbrean sus cuerpos.

—Este licor — dice Tilcor descubriendo una botella—abrása como los rayos del sol... ¡Vindemos!

Y, ofreciendo una copa a Adeline

que está sentada junto a Pablo, dice:

—Vino, música y una mujer bonita con nosotros... ¿Qué más podemos desear?

Adeline choca con su copa la de Tilcor y bebe mirando a Pablo.

Adeline se levanta y se dirige a la orquesta, coge el violín y se lo lleva a Pablo mirándole con ojos suplicantes.

Pablo coge el violín y toca. En su música pone toda su pena y toda su melancolía. Las notas que Pablo arranca al violín vuelan en la oscuridad de la noche por la ventana abierta sobre la Puerta Húngara.

Adeline, contagiada por la inspiración de Pablo, que despierta en ella tantos recuerdos, oye emocionada a su compañero de éxitos.

* * *

En una de las deliciosas praderas que bordean el inmenso Danubio, Pablo y Adeline van por el campo florido. Pablo, queriendo revivir las horas felices pasadas con Adeline, le murmura:

—Quiero ir contigo, lejos, muy lejano... Como siempre, cuando estoy a tu lado, nada me importa en el mundo...

—También yo quiero sentir eso mismo, antes de separarnos para siempre...

—¿Separarnos? — pregunta extrañado Pablo, que ignora en absoluto la razón que obliga a Adeline a tomar aquella resolución.

—No me preguntes —contesta Adeline, deseando de prolongar todo lo posible aquel instante— No destruyamos la felicidad de este momento, y, cuando haya pasado, como dos amigos que se

estrechan la mano, sigamos cada uno nuestro camino...

Siguiendo su paso llegaron al pabellón de caza. Pablo le dice entonces:

—He mandado mi equipaje a la estación, me marcha esta noche a España. Ven conmigo. No destruyas mi felicidad.

—Es imposible — contesta con voz triste y emocionada Adelina.

De repente se presenta en el pabellón el Marqués de Caux, quien al ver a los dos artistas, se inclina ceremoniosamente, y con toda naturalidad y voz completamente tranquila, pregunta:

—¿Puedo hablar un instante con mi mujer?

Pablo, como atontado ante la pregunta, sin comprender una palabra, mira a Adelina y pregunta:

—¿Su mujer?

El Marqués asiente con la cabeza.

El rostro de Pablo se transforma por la indignación y, dirigiéndose a Adelina, dice:

—Deseo que sea muy feliz.

Y, con el corazón destrozado por haber perdido en un momento el único amor de su vida, salió de la habitación creyendo que nada quedaba ya en su vida que valiera la pena de vivirla.

Pero quedaban su arte inmortal y, para bien de Pablo, la compañía de María Luisa, quien, compenetrada con el arte de Pablo, le animaba para se-

guir cautivando al mundo con las maravillosas notas que su mano arrancaba al violín.

En la catedral de Pamplona, donde por primera vez fué acompañada por María Luisa, fué Pablo a dar su concierto con el alma rota, deshecha por el desengaño que Adelina produjo con su separación definitiva e irremediable.

Toca Pablo el violín con la mirada vaga, en el infinito, pensando sólo en el amor que se fué para siempre.

Cuando termina de tocar, María Luisa, mirándole, dulce como siempre, dice:

—Es una melodía muy triste la que acabas de tocar...

—¿Cómo no va a ser triste si es mi misiva de despedida! En adelante, sólo viviré para mi arte.

—Así quisiera verte siempre y seguirte — contestó extasiada María Luisa.

—Y así nadie podrá separarnos nunca...

—Es que tu espíritu, Pablo, ha logrado ser libre... Ayúdame a alcanzar este bien — imploró María Luisa.

"Aun cuando se vayan el amor y la felicidad, la gloria es eterna", fué lo que aquellas dos almas, unidas sólo por el arte, sintieron que escuchaban de una voz misteriosa y que únicamente sus almas de artistas pudieron oír.

NUMEROS PUBLICADOS

SERIE TRIUNFO

- Núm. 1 Entre esposa y secretario
por Jean Harlow, Clark Gable y Myrna Loy
- Núm. 2 El capitán Blood
por Errol Flynn y Olivia de Havilland
- Núm. 3 Prisionero del odio
por Warner Baxter y Gloria Stuart
- Núm. 4 Madre Alegría
por Ana Leyva y Gaspar Campos
- Núm. 5 Diego Corrientes
por Pedro Teroi
- Núm. 6 Una chica de provincias
por Janet Gaynor y Robert Taylor
- Núm. 7 La esposa de su hermano
por Robert Taylor y Bárbara Stanwyck
- Núm. 8 Aula de señoritas
por Simone Simon y Herbert Marshall
- Núm. 9 Esposa anónima
por Robert Taylor y Loretta Young
- Núm. 10 Miguel Strogoff o El Correo del Zar
por Adolfo Wohlbruck, Yvette Lebon y Charles Vanel
- Núm. 11 Canción de Cuna
por Darotea Wleck
- Núm. 12 Los pecados de los hombres
por Jean Hersholt y Don Ameche
- Núm. 13 Víspera de combate
por Annabella y Victor Francen
- Núm. 14 La contrasena
por Robert Taylor y Bárbara Stanwyck
- Núm. 15 Uoyds de Londres
por Tyrone Power, Madeline Carroll y Freddie Bartholomew
- Núm. 16 Redención
por Warner Baxter, Wallace Beery, Elizabeth Allan y Mikey Rooney

- Núm. 17 Bajo el manto escarlata
por Anabella y Conrad Vaidt
- Núm. 18 El canillita y la dama
por Rosita Moreno y Luis Sandrini
- Núm. 19 Sueños de príncipe
por Carlos Boyer y Danielle Darrieux
- Núm. 20 Barrios de Nueva York
por Jackie Cooper y Martin Spellman
- Núm. 21 El hijo de la Armada
por Jean Parker, James Dunn y Martin Spellman
- Núm. 22 El hijo del héroe
por Mickey Rooney
- Núm. 23 Amor inmortal
por Ullan Harvey
- Núm. 24 Manón Lescaut
por Alida Valli y Vittorio de Sica
- Núm. 25 Café Metrópol
por Tyrone Power, Loretta Young y Adolfo Menjou
- Núm. 26 El cura del penal
por Charles Bickford
- Núm. 27 Dulce evasión
por Jean Parker
- Núm. 28 La mejor venganza
por Amadeo Nazzari

SERIE FAMILIAR

- LA PEQUERA VIGIA, por Shirley Temple.
- LA POBRE NIRA RICA, por Shirley Temple.

SERIE "PRODUCCION NACIONAL"

- MARIQUILLA, TERREMOTO, por Estrellita Castro.
- EL RAYO, por Rafael L. Samaza, Mercedes Préndes.
- LAS TRES GRACIAS, por Fuensanta Llorente, Carmen de Lucio y Luchy Soto.
- LA LINDA BEATRIZ, por Emilia Allaga y Fernando de Granada.
- LA CASA DE LA TROYA, por Tony de Algy e Iza de Navarra.
- LA DOLORES, por Conchita Fiquer.
- SANTA ROGELIA, por Rafael Rivelles, Juan de Landa y Mimi Muñoz.

EL HUESPED DEL SEVILLANO, por Luis Sagi Vela y Marta Ruel.
 LA GITANILLA, por Estrellita Castro, Juan de Orduña y Antonio Vico.
 LA MARQUESA, por Pastora Imperia.
 EL GENIO ALEGRE, por Antonio Vico.
 EL REY QUE RABIO, por Raquel Rodrigo.
 EL FAMOSO CARBALLEIRA, por Maruchí Fresno y F. Fernández de Córdoba.
 JULIETA Y ROMEO, por Enrique Guitart y María Flores.
 EL HOMBRE DE LA LEGION, por Juan de Landa y Roberto Ilay.
 LLUVIA DE MILLONES, por María Denis y Tony D'Algy.
 EL 13000, por Jolita Hernán y Rafael Durán.
 POLIZON A BORDO, por Lina Yegros.
 ESCUADRILLA, por Alfredo Mayo.

SERIE TRIO

EL SECRETO DE CHAN—CHARLIE CHAN EN LA PISTA—CHARLIE CHAN EN LA OPERA.
 CUANDO ME SIENTO FELIZ—NOCHE DE ESTRENO—LAS CUATRO REVOLTOSAS.

SERIE POPULAR

MISTER WONG EN EL BARRIO CHINO, por Boris Karloff.
 MISTER WONG, DETECTIVE, por Boris Karloff.
 EL MISTERIO DE MISTER WONG, por Boris Karloff.

FUERA DE SERIE

LA ROSA DESHOJADA (Vida de Santa Teresita del Niño Jesús, por Jacqueline Farrell y el niño Gabriel Farguella).
 LA BANDERA (Legionarios del Tercio), por Annabella y Jean Gabin.
 CANCIONERO DE ESPAÑA (Recopilación de canciones de gran éxito).
 CANCIONERO CRIOLLO (Selección de canciones argentinas).
 CANCIONERO CASTIZO (Selección de canciones de España).
 CANCIONERO ANDALUZ (Canciones modernas de gran éxito).
 CANCIONERO MODERNO (Letra de Cien grandes éxitos).
 CANCIONERO DE LOS ÉXITOS (Letra de 150 grandes éxitos).
 LA MADRE GUAPA. — Comedia en tres actos, de Adolfo Torrado.

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre las mejores
películas

Números aparecidos de
PRODUCCION ESPAÑOLA

POLIZON A BORDO, por Lina Yegros, Ismael Merlo, etc.

ESCUADRILLA, por Alfredo Mayo, Luchy Soto, etc.

ALMA DE DIOS, por Amparito Rivelles, Guadalupe M.
Sanpedro, etc.

SU HERMANO Y EL, por Antonio Vico, Blanca de Siles,
Manuel Luna, Enrique Guitart, etc.

TOSCA SARASATE

En breve:

LA DONCELLA DE LA DUQUESA PINIENTILLA

PATS. 2'50





